ANTONIO ZOZAYA

7237

MISTERIO

TRÍPTICO CAMPESINO, ORIGINAL

Copyright, by Antonio Zozaya, 1910

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1911

MISTERIO

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

MISTERIO

TRÍPTICO CAMPESINO

ORIGINAL DE

ANTONIO ZOZAYA

Estrenado en el TEATRO ESPAÑOL con éxito inmenso en la noche del 21 de Diciembre de 1910

MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

—

1911

Al eminente escritor y periodista señor
D. Alfredo Vicenti; prenda de cariño
y de gratitud.

Ignoro si triunfaron alguna vez los grandes caudillos ó fueron otros quienes les dieron la victoria. Por mi parte sé que no es mía la única que me ha deparado la suerte. Pertenece al insigne autor dramático D. Miguel Ramos Carrión, director artístico de nuestra primera escena lilieraria; se debe á los actores notabilísimos, cuyo recuerdo ha de perdurar después que en mi se borre, es decir: cuando vuelva á la tierra de que he salido.

A. 3.

Cuartillas leídas por el primer actor D. Ricardo Calvo en la noche del estreno.

SENADO ILUSTRE:

La forma, en apariencia extraña, en que este espectáculo se presenta y el respeto debido al público del «Teatro Español», es decir, á la intelectualidad castellana, imponen al autor el deber de explicar, en pocas palabras, los motivos que le han llevado á escribir su tríptico; es decir, tres obras con diferente asunto, personajes y acción, aun cuando en todas haya un conflicto fundamental: el hogar deshecho y un solo protagonista: el misterio.

Seguro de su falta de autoridad para buscar orientaciones nuevas en el glorioso campo de la literatura dramática, no se ha propuesto romper molde alguno ni tiene la vituperable osadía de separarse del camino trazado por los grandes maestros que dan al arte escénico esplendor y prestigio. Intenta únicamente deleitar; si no lo consigue acatará reverente un tan justo como severo fallo.

Los trípticos dramáticos son conocidos ya en Europa y sería imperdonable pedantería recordar nombres y nacionalidades. Los ha traído al arte moderno, la complejidad de la vida, cada vez más incompatible con todos los planos y esquemas rectilíneos y que no puede ser observada desde una sola posición y con

una sola lente. La variedad de perspectivas se hace precisa allí donde el campo de lo inexplorado no tiene límites; y esto es lo que ocurre con el misterio, mundo de fenómenos y abstracciones en el cual apenas si es posible recoger datos incompletos y presentarlos modestamente sin pretensión alguna de coordinación y menos de síntesis prematura.

Esto, por lo que atañe al fondo. En lo que respecta á la forma, ha surgido de un estado psicológico estrictamente personal. Interesó al autor de la obra estudiar la impresión producida por el misterio en los campesinos de las montañas de Santander, Asturias y Burgos, y creyó ver que, á pesar de hallarse separadas estas comarcas por muy pocas leguas, los asuntos, los personajes, la acción y el lenguaje cambiaban por la diferencia de ambiente de una manera considerable. Al proponerse escribir un drama no desconocía en absoluto la evolución del teatro moderno, cada vez más apartado de los efectismos, gritos y monólogos declamatorios y más propicio á la observación del ritmo sereno y manso de la vida. Pero un mismo asunto, el hogar deshecho, bajo el influjo de lo desconocido, en el seno de la montaña, se la presentaba bajo tres diferentes fases, siendo la acción en una intensa, aunque exteriormente apacible, en otra movida y en la tercera sombría ó francamente melodramática.

Ante la desgracia y el misterio unos campesinos rezaban, otros cantaban y otros empuñaban las armas.

Allí no podía haber exclusivamente ni teatro íntimo, ni de acción, ni de melodrama; la sensación la daba el contraste de los tres. Y, así, decidió escribir no una obra, sino tres, cuyo nexo fuera la reacción

del alma montañesa contra la superstición y la fatalidad y cuyos precedentes de forma (tríptico) estuvieran, no ya en Alemania é Italia, sino en nuestra misma literatura castiza, que dió vida á los *Autos sacramentales*.

Hé aquí la explicación de la aparente extravagancia que el autor pide que no se atribuya, en manera alguna, á osadía ni á falta de respeto, sino á una, tal vez equivocada, pero humilde y sincera, tentativa artística.

ACTO PRIMERO

LOS RELICARIOS

Interior de la casa de un rico hacendado montañés. A la izquierda, hogar con gran chimenea. A la derecha, puerta que comunica con las demás habitaciones. Ancho portón al foro y ventana En diversos lugares de la escena, escaños, sillón de cuero de firme respaldar, sillas y una mesa de pino, sobre la cual arderán los cuatro mecheros de un velón de Lucena.

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
CANDELARIA.....	Sra.	Matilde Rodríguez.
CINTA.....		Lasheras
TÍA BOLINA.....	Srta.	Villegas.
NISCA.....		León.
PEDRO.....	Sr.	Ruiz Tatay.
JULIÁN.....		Manrique Gil.
GARABIEL.....		Sepúlveda.
TÍO SOLANA.....		Llaneza.
UN CRIADO.....		N. N.

La escena en la montaña de Santander, 1865

678365

ESCENA PRIMERA

CANDELARIA, enlutada, de aspecto siempre digno, en el ocaso de la vida, pero hermosa aún, aparece sentada cerca del hogar y lee en alta voz en un libro de rezo. A su lado, también sentada, su hija CINTA, adolescente ingenua; viste de claro y cubre su falda y parte del busto con un delantal. Alineados, enfrente, con la cabeza descubierta, responderán al rezo los campesinos, que son por este orden: GARABIEL, mozo regocijado y fuerte, pero pronto á la sumisión; NISCA, joven aldeana supersticiosa y cándida; el TÍO SOLANA, viejo montaraz, formado en la vida rústica, y la TÍA BOLINA, que, inclinada ligeramente á un lado por una desviación senil, se apoya encorvada sobre un báculo. Su voz cascada tiene siempre sonidos misteriosos y como proféticos. Habla con la autoridad y convicción firme de quien, mezclando la superstición con la fe primitiva, cree hallarse en posesión de la verdad. Todos visten al estilo de los labriegos del país, y los viejos calzan almadreñas

CAND. (Leyendo.) «Apiádate, Señor...»
TODOS «Apiádate, Señor...»
CAND «De tus siervos...»
TODOS «De tus siervos...»
CANL. «Y haznos dignos...»
TODOS «Y haznos dignos...»
CAND. «De tu misericordia...»
TODOS «De tu misericordia...»
GAR. (A la tía Bolina.) ¡Jágase p'allá la agüela, que hiede!
BOL. (A Garabiel.) ¡Más hederás tú, lenguatón, canijo!
CAND. (A los dos.) ¡A ver si hay silencio y respeto!
GAR. Es la tía Bolina, que meja que s'aduerme.
BOL. Es Garabiel que fachendea.
GAR. ¡Requetenó!
BOL. ¡Requetesí!
SOL. ¡Juera!
NISCA ¡Callarvos ya! (Siguen los labriegos disputando en voz baja.)
CAND. (Con energía.) ¡Orden, ú os echo á todos! (Todos callan y vuelven á alinearse. Candelaria lee.) «Danos firmeza...»

TODOS «Danos firmeza...»
CAND «Para cumplir...»
TODOS «Para cumplir...»
CAND. «Tu soberana voluntad...»
TODOS «Tu soberana voluntad...»
CAND. Amén.
TODOS Amén.
CAND. Ahora, á preparar para recogerse. Tú, Cinta, ¿por qué no te has acostado?
CINTA Porque me da mucho miedo la tormenta, y, además, quería esperar á mi padre.
BOL. (Adelantándose.) A fe, la mi señora, que mala jorná hemos tuvío. Por toa la parte de Cabuérniga, Lodar y Peñalabra, han caío pedruscos de lo menos dos cuarterones.
SOL. Pus évate que musotrus apenas si pudimos arrecoger la cebá, que toa s'había reblandecío. Y al auto del ganau tuvimos que buscarle por los cajigalucos, ande s'había refugiau tiritandu dende las gamas jasta el campanu.
GAR. Pos yo salto y digu que vusotrus os asustáis trempano, y que otras tromentas más gordas he visto yo cuando llevaba á majadear los mis rebañus á Reocín.
NISCA ¡Miren el jaque de Garabiel: más garridu es que un jándalu! (Tía Bolina y tío Solana ríen.)
CINTA A mí las tormentas me dan mucho miedo, pero mucho. Cuando veo en el cielo esas nubes tan negras, creo que me amenaza una desgracia desconocida, y me entran deseos de preguntarlas: ¿qué mal os he hecho yo? Pero ellas parece que vienen sobre mí, como si dijeran: ¿ves nuestras alas negras? Pues con ellas te vamos á llevar adonde van todos los que sufren sin culpa. (Se oye fuera arreciar la lluvia)
CAND. No seas supersticiosa, hija mía; ni las nubes, ni los hombres, ni los malos espíritus, serían capaces de arrebatarte de mis brazos.
BOL. (En tono profético.) ¡Venturada y feliz haga la suerte á la mi niña; que sobre su frente tiendan los ángeles las sus alas, y la defien-

dan y conserven para gala y orgullo de la tierruca!

GAR. (Que habrá estado cerca de la ventana.) Agora, calle la tía Bolina, que el amo viene.

ESCENA II

DICHOS; el SEÑOR JULIÁN por el foro, con capotón de monte, sombrero de fieltro y polainas. Le acompaña un CRIADO con un farol

JUL. (Entrando.) ¡Vaya una noche de trajín! ¡Maldita alcaldía! (Al criado.) Ya puedes cerrar el portón y dar una vuelta por el ganado. (Vase el criado por el foro con el farol, dejando cerrada la puerta.) Tú, Nisca, prepara la habitación de la señorita. (Vase Nisca por la derecha.)

CINTA (Abrazando á Julián.) ¡Padre mío!

JUL. ¡Bonita te vas á poner de agua! Vengo calado hasta los huesos. ¿Cómo no te has acostado aún?

CINTA Estaba esperando á que volvieras. (Cariñosa.) Mira si te queremos, que hemos rezado para que no te ocurriera ningún mal.

JUL. No era preciso. (Se sienta en un sillón junto al fuego, cerca de Candelaria. Cinta va á sentarse junto á la mesa y hojea el libro de devoción, que habrá su madre dejado allí al aparecer Julián en escena.) No corría otro riesgo que el de atrapar un reúma. De todas maneras tendré que volver temprano al campo.

CAND. ¿Por qué?

JUL. Porque las aguas han destrozado todo el camino de Zajucos, y aquí á diez pasos, se ha hundido el puente de la cortadura.

CINTA ¡Jesús!

SOL. ¡Recontra!

BOL. ¡Jesús, María y José! ¿Qué dice el señor? Alguna desgracia va á pasar. (Se oye ruido del vendaval y luego de lluvia.)

GAR. Bastante aquél es que se hunda el puente.

CAND. Lo peor será que algún caminante llegue á la cortadura desprevenido.

CINTA Pero habrán puesto luces. ¿No es verdad?

JUL. Desde luego. Además, no es probable que nadie se aventure á ponerse en camino en noche de tormenta. (A través de la ventana se verá el resplandor de un relámpago)

SOL. Al respective de eso, lo que no se atreven á hacer los hombres, bien pudieran hacerlo...

CAND. ¿Qniénes?

SOL. (Con gran misterio.) ¡Las ánimas! (Vuelve á sonar más fuerte el viento.)

CINTA ¡Ay, madre mía!

GAR. ¡Je, je! ¡Las ánimas de Zajucos! Vendràn sobre vacas monchinas.

JUL. (A Cinta.) No tengas miedo. Si las ánimas vienen las recibiremos como es menester.

CAND. Las almas de los muertos no vuelven á la tierra.

SOL. Perdone la mi ama; pero asina me quede muerto si al consonante de eso no hay algo que icir.

GAR. ¡Je, je! ¡Alguna conseja de la tía Bolina!

JUL. Bien; que nos cuente eso la tía Bolina.

BOL. (Adelantándose y en tono misterioso.) Dos veces, señor, hundióse el puente de la cortadura; las dos anegáronse las cañadas de San Juan de Zajucos.

CAND. Es natural.

BOL. Pero las dos veces, dempués de caer una lluvia mu juerte, y de soplar el cierzo, sonó un gran tronío y salió... (En voz baja.)

CINTA (Impaciente y medrosa.) ¿Qué salió?

BOL. ¡Un ánima en pena! (Ruido fuera de viento y lluvia.)

CINTA (Asustada.) ¿De veras?

SOL. (Santiguándose) ¡Dios nos proteja, amén!

JUL. Y eso, ¿cuándo ha sido?

BOL. Mozuca era yo, que así Dios me guarde como me comparaban á las flores.

GAR. Pues ya ha llovido en el acebal.

BOL. La otra vez fué en tiempo de la mi madre.

CAND. (Levantándose.) Bien; basta de historias y á acostar todo el mundo.

CINTA (Yendo al lado de su madre, que vuelve á sentarse.)

¡No, por Dios; yo quiero saber lo que pasó con el ánima en pena!

BOL. (Con misterio.) Una noche escura y medrosuca, sonó, como dije, el troníó; salió el ánima de la cortadura y anduvo por las calles del pueblo, asina como media hora, mu estirá, mu triste...

GAR. (Con risa ruidosa.) ¡Je, je!

BOL. (Muy seria) Yo vus digo que la vide pasar por junto á la eglesia y daba asina unos suspiros mu apagaos, que mejaba un pantasma. (La lluvia cae cada vez más fuerte.)

GAR. Eso no lo trago yo, ni á jorcón.

CINTA (Angustiada.) ¿Y después?

BOL. Sonó otro tronío y el ánima metióse en tierra siete estadus.

JUL. Todas esas son necias supersticiones.

CAND. Los muertos no vuelven. (Relámpago.)

GAR. Ya apostaría el hijo de la mi madre un carral de vino. (Trueno prolongado.)

CINTA ¡Ay, mámá! (Abrazándola.)

SOL. (Santiguándose.) ¡Ave María Purísima!

BOL. (Muy quedo y con voz de sibila.) ¿Habís escuchau?

GAR. ¡Callai, que ponís el pelleju de punta al insuncorda!

JUL. (Levantándose; todos le imitan.) ¡Vaya, esto ya se hace intolerable! Aunque hubiera en el mundo almas en pena y aunque fuera esta noche cuando se les ocurriera pasar por Zajucos, ¿iban á venir á llamar á esa puerta? (Todos mirán sin querer á la puerta.)

CINTA ¡No digas esas cosas, por Dios!

CAND. Descuida, hija mía; no llamarán.

GAR. Esas son cosucas de la tía Bolina. (Suenan en la puerta dos golpes secos, acompasados, distintos.)

CINTA ¡Dios mío! (Va á refugiarse junto á su madre.)

SOL. ¡Corchos!

GAR. ¡Ay! (Pausa. Todos se miran sobrecogidos.)

JUL. Han llamado. (Con cierta inquietud.)

GAR. (Tartamudeando.) Sí... ¡digo, no! Sí... ¡me paece que han sonau dos golpes!

JUL. Pues abre.

GAR. (Con la lengua trabada por el terror.) ¿Yo?... Pues... al respetive... ¡Que vaiga la tía Bolina!

JUL. ¿Tienes miedo, valiente?
GAR. No... digo, sí... Es el mate que...
JUL. Bien, abriré yo. (Abriendo la puerta.) Adelante quien sea.

ESCENA III

DICHOS; PEDRO, en el dintel de la puerta, erguido, rígido, inmóvil. Viste el recién llegado pulcro y cuidadoso traje de camino, cubre su cabeza ancho sombrero flexible y de su brazo pende una cayada. Su barba será larga y canosa. Su figura deberá destacarse del fondo montañoso, iluminado brevemente por un relámpago. Al verle, Candelaria se sobrecoge

CAND. ¡Jesús!
BOL. (Bajo, al tío Solana y Garabiel.) ¡Es el ánima triste!
CAND. (Agitada á Cinta.) Ven, hija mía; ven adentro conmigo. (Vanse Candelaria y Cinta por la primera puerta derecha.)
PED. Tengan felices noches, señores.
JUL. Buenas se las dé Dios.
BOL. SOL. GAR. (Contritos.) ¡Alabado sea!
PED. Sorprendido por la tempestad, he perdido en el camino á mi guía. Unos campesinos me han encontrado y me he hecho conducir por ellos hasta aquí. ¿Quieren decirme si hay en el pueblo albergue ó posada?
JUL. Ha llamado usted á una puerta que se abre siempre á la hospitalidad. ¿Por qué no pasa usted? ¿Se siente indispuesto?
PED. No; es que soy ciego y necesito oir antes de orientarme.
JUL. ¿Ciego? Razón de más para ser bienvenido. Tome usted mi mano. La de usted está fría; ¡parece de mármol! (Le conduce hasta uno de los sillones cerca de la lumbre. Pedro se sienta.) Preparad en seguida una cama. (A los criados.)
GAR. (Bajo.) ¡Una cama aquí! ¿Qué hacemos, tío Solana?
SOL. (Idem.) Lo mejor es obedecer sin decir jos ni

muste. (Vanse los aldeanos por el segundo término derecha, cogidos de la mano y mirando recelosamente al recién venido.)

ESCENA IV

PEDRO y JULIÁN

JUL. (Sentándose al lado de Pedro.) Es extraño que en noche como esta se haya usted determinado á ponerse en camino. ¿Viene usted de muy lejos?

PED. Del otro mundo... (Movimiento en Julián.) De América.

JUL. ¡Ah!... ¿Tal vez en busca de sus parientes ó allegados?

PED. ¿Por qué ocultarlo? Vengo á entrar en posesión de parte de mis bienes, detentados en manos ajenas. Y, créalo usted; nadie me espera. Lo probable es que mi venida cause sorpresa, asombro, estupor... Yo mismo he vacilado antes de venir; pero lo que ha de suceder, sucede. ¿No opina usted lo mismo?

JUL. No soy fatalista; creo en mi voluntad.

PED. ¡La voluntad! ¡Quién sabe si depende del movimiento de la hoja de un árbol ó de la obstrucción minúscula de una arteria!

JUL. Algún motivo más poderoso habrá obligado á usted á retardar su viaje.

PED. Víctima de un siniestro, hube de perder con la vista lo que vale cien veces más: la razón. Diez años he permanecido en un manicomio.

JUL. ¡Diez años!

PED. Es mucho, ¿verdad? Pero hasta el dolor, hasta la desesperación se acaban. Salí, por fin, y mi primer cuidado fué escribir á mi casa. Nadie me contestó. Hube de dirigirme á los consulados, y allí se me facilitaron amargas noticias; mi mujer y mi hija habían desaparecido del lugar en que las dejé y no se sabía de ellas dato alguno. Otros seis años hube de permanecer en el Bra-

sil, imposibilitado de regresar á España, sin noticias que me indicaran dónde estaban los míos

JUL. Separación bien triste. ¿Al cabo...?

PED La bondad inesperada de un bienhechor ha hecho posible mi regreso. Imagine usted mi sorpresa y mi cólera: mi mujer había abandonado el país, viniendo á refugiarse á á un poblado de esta montaña; mi hija había muerto y otra adulterina (Con reprimida indignación.) la reemplazaba, mientras su padre, es decir, otro hombre que no era yo, usurpaba al mismo tiempo que el amor de mi compañera, los bienes que fueron mi patrimonio.

JUL (Alarmado.) Perdone usted; la autoridad que ejerzo me obliga á registrar los nombres de cuantos en este pueblo pernoctan. ¿Tiene usted la bondad de decirme el suyo?

PED. Pedro Jorge Montiel.

JUL. (Poniéndose en pie.) ¡Imposible! ¡Pedro Jorge Montiel ha muerto en América!

PED. Perdone usted; Pedro Jorge Montiel soy yo, y traigo papeles que lo acreditan.

JUL. (Vuelve á sentarse, apoya el codo en un brazo del sillón y se cubre los párpados con la mano como desvanecido, pausa.) Dice usted que es... Pero ¿cómo? ¿No hizo explosión el motor de la fábrica de que usted estaba encargado?.

PED. Cierto.

JUL. El nombre de usted apareció en la lista de las víctimas.

PED. La fatalidad hubo de conservarme la vida.

JUL. Pero ¿cómo no escribió usted? ¿Cómo nadie ha sabido que existía? ¿Cómo (sin poder reprimir su cólera) viene usted ahora, al cabo de diez y seis años, á dar la primera noticia de que vive?

PED. He dicho á usted que perdí la razón, que estuve diez años en un manicomio y que cuando salí no pude adquirir noticias de los míos. (Julián se levanta y pasea agitado.) Pero, aunque hubiera muerto, ¿tan pronto se olvida? ¿No tienen los muertos el derecho de

reclamar lo que han entregado en precario? ¿No tienen el de castigar y hacer sentir su cólera, como una justicia de ultratumba?

JUL. Señor Pedro, las justicias están reservadas á Dios.

PED. Pero no las reivindicaciones

JUL. Usted, para reivindicar, tendrá, ante todo, que remover la obra inconmovible del tiempo; del tiempo, que es el usurpador sin entrañas; el que va sustituyendo cosas á cosas, personas á personas, amores á amores.

PED. ¡Por siempre y para siempre...!

JUL. Si una vez desaparecidos de la tierra, volviésemos á buscar nuestra casa, nuestra familia, nuestra fortuna, veríamos que todo se había ya repartido; que los que más por nosotros lloraron habían acabado por perder de nosotros memoria. Veríamos, en fin, que veníamos á estorbar su dicha, que no éramos siquiera nosotros los mismos. Y no pudiendo resucitar placeres y grandezas, viéndonos entre todos tristes y solitarios, acabaríamos por volver á la tumba. He aquí por qué los muertos no vuelven.

ESCENA V

DICHOS, CANDELARIA, que aparece en la primera puerta de la derecha y se desliza sin ser vista hasta colocarse en lugar recatado

PED. (Que habrá quedado como abatido.) Tal vez. Es posible que no deban volver las almas desterradas, las condenadas al olvido y la ingratitud. Es posible que, para desconsuelo de los hombres, la muerte esconda la infinita mentira y el flujo de la vida la impiedad suprema... Sin embargo... (Levantándose.) es preciso probar.

JUL. (Con el ceño fruncido, como meditando un proyecto siniestro.) Señor Pedro, permítame usted que le deje solo unos cuantos momentos; necesito registrar su nombre en mis libros.

PED Aquí le aguardo. (Vase Julián por la segunda puerta derecha.)

ESCENA VI

PEDRO y CANDELARIA

CAND. (Acercándose y en voz baja.) ¡Pedro... Pedro!...

PED. (Prestando oído y con voz doliente.) ¡Candelaria! Pero no, no es esa su voz; la de ella era más tierna, más apasionada, más dulce...

CAND. Pedro, yo soy; (Temerosa.) yo, que te he reconocido; yo, que te compadezco; yo, que te quiero, á mi pesar, todavía.

PED. Mientes. Tú no eres Candelaria; tú no me quieres ni me has querido. Aquí están abiertos mis brazos (En cruz.) crucificados en el ansia de perdonar y de querer. ¿Por qué no te precipitas en ellos? ¿Lo ves? No vienes; temes que te ahogue, porque eres culpable.

CAND. Pedro, mátame si quieres; pero no puedo ser la misma que ayer. Tengo hijos; es decir, tengo un alma nueva.

PED. Sé que eres madre; mejor: así tus hijos serán malditos, como tú lo eres, y lo serán los hijos de tus hijos hasta la quinta generación.

CAND. Negras son tus palabras.

PED. ¿No ves que estoy ciego? En mis ojos, como en mi alma, anida la noche. Habla, ó lo que es lo mismo, asesíname. La muerte es sombra. ¿Qué me importa una negrura más?

CAND. (Llorosa.) ¿Por qué has vuelto, Pedro? Tu hija ya no vive.

PED. ¿Qué hiciste de ella? ¿Has conservado siquiera su recuerdo? Dime: (Con ansiedad.) ¿dónde cerró sus ojos? ¿Fué en este sillón? (Palpándole.) Dime en qué sitio ha muerto, para que yo pueda besarle. Llévame á los lugares en que jugaba, para acariciar los objetos que sus cabellos perfumaron. Pero no; has cambiado de muebles, de casa, de lugar, de universo. El miserable desterrado, al volver, no conoce ni aun siquiera la tierra que, para despedirle, se cubrió de tristeza.

¿Por qué se sobrevive á la luz que se apaga y á las cosas que mueren?

CAND. ¿Para qué te fuiste?

PED. ¿No me lo pidió tu codicia? Querías ser rica, más rica aún, y, para decidirme, lo imploraste, no para ti, sino para la pequeñuela que, ya lo ves, ¡nada necesita! Y yo fuí á buscar el trabajo, la locura. el olvido. He estado loco, ¿no lo sabes? Y aún lo estoy de dolor y de rabia. ¡Diez y seis años contados minuto á minuto! Ven; ven, que toque tu frente, que busque en ella mis hondas arrugas. (La toca la cabeza con pulso tembloroso.) No; (Con despecho.) tú conservas el cutis terso; no has sufrido. ¡Vete! (La rechaza.) ¡Vete, ó no respondo de mí!

CAND. Te creí muerto; estaba abandonada, y caí. Una vez muerta nuestra hija, creí que revivía en la otra, y ya sólo pensé en hacerla dichosa. Su padre consintió en vivir con nosotras, y para casarse y legitimarla, sólo espera la declaración de tu muerte.

PED. ¡Calla!

CAND. Y ahora llegas, para hacerla por siempre hija del adulterio; á cubrirla de infamia, á sepultarla en la miseria y en el dolor. Te he querido; soy tu mujer legítima; pero antes que todo soy madre.

PED. ¡Virtud salvaje y egoísta! Eres madre; es decir, eres fiera. (Candelaria llora.) ¡Cómo! ¿Estás sollozando? ¿Ves? Yo ni siquiera puedo llorar. Con la luz he perdido el llanto, como los manantiales hundidos.

CAND Pedro, pídeme que me mate, que me arranque yo misma las entrañas; pero vete.

PED. ¿Que me marche? ¡Soy tu esposo legítimo!

CAND. Sí; pero aquí, ¿qué dicha te espera? (Pedro baja la cabeza abatido.) Tu hija no vive y otra ocupa su lugar en el corazón; yo no puedo vivir contigo ya; estás lejos de tu país, de tus alegrías, de tus recuerdos. No te queda sino el gozo salvaje de arrancar las alas á un ángel y aplastarle en el barro de los caminos.

PED ¡Calla... no puedo oirte!

CAND. ¡Pedro, vete, por Dios!

PED. (Colérico.) ¡Infame adúltera; ven, ven, que te mate! (La coge por el cuello, y agotado por el dolor, la suelta y echa á llorar.) ¡Ay!... (Gemebundo.) No puedo... estoy llorando... ¡todavía soy bueno!

CAND. Porque eres bueno debes partir. (Cariñosa.) Te lo va á pedir ella.

PED. ¿Quién es ella?

CAND. Mi hija.

PED. ¡Tu hija! ¡El infame fruto de mi deshonra y de tu traición! No quiero... que no se me acerque... (Queriendo huir á tientas.) La clavaré mis garras... la haré pedazos...

ESCENA VII

DICHOS; CINTA por la primera puerta de la derecha

CINTA ¡Madre, madre! (Dentro.)

PED. ¡También el abismo tiene voz argentina!

CINTA (Saliendo.) Madre... ¡Ay! (Turbada.) ¿Está aquí... este señor?

CAND. Ven, Cinta, y saluda á un antiguo amigo, á quien debes respeto y á quien, dentro de poco, deberás gratitud.

PED. No; gratitud, no...

CAND. ¿No me dijiste muchas veces que querrías conocer á uno de esos hombres buenos, abnegados, que se sacrifican por los demás? Pues bien; aquí le tienes.

CINTA (Acercándose á Pedro, ya confiada y afectuosa.) Caballero, dichoso usted que puede hacer bien; nada es tan hermoso en el mundo.

PED. (Con voz dolorida, en la cual debe hablar toda esta escena.) Tú, alma noble, ¿me crees capaz de hacer bien?

CINTA ¡Ya lo creo! En la cara lleva usted retratada la bondad.

PED. (Abatido.) No es posible...

CINTA Me parece usted uno de esos santos que tengo yo retratados en las estampas de mi devocionario. De usted me fiaría yo siem-

pre; aunque quisiera usted hacer mal, no podría.

PED. En tu voz, en tu corazón, que por tus palabras se transparenta, veo que eres un alma blanca. ¿No te ha ocurrido temblar al verme?

CAND. (Disimulando y para dar confianza á Cinta.) ¿Por qué?

CINTA Vaya; voy á ser franca, aunque se ría usted de mí. Al verle aparecer en la puerta me asusté mucho. Me estaban contando no sé qué historias, y me figuré que era usted...

PED. ¿Quién?

CINTA Un ánima en pena.

CAND. No hay almas en pena.

PED. ¡Ah, sí! Sí las hay, hija mía. Almas que quisieran amar y ser buenas; almas condenadas por Dios á vagar en eterna noche, sentenciadas á llevar el dolor por donde pasan. Almas inclinadas á la misericordia; pero obligadas por el destino á quebantar cosas inmaculadas, (Con aflicción.) á despedazar corazones puros é inocentes...

CINTA ¿Dice usted que son enviadas por Dios?

PED. Desde luego.

CINTA (Tranquila ya y riendo.) Entonces sean muy bien venidas. (Se sienta junto á Pedro; Candelaria siéntase también á su otro lado.)

CAND. Así me gusta, que seas valerosa.

CINTA (Cogiendo una mano á Pedro, que se estremece.) Diga usted, alma en pena, (Bromeando.) ¿viene usted de paso?

PED. Sí; muy de paso.

CINTA ¡Qué lástima! Hubiéramos sido muy buenos amigos; me hubiera usted contado historias...

PED ¡Son tan tristes las que yo sé!..

CINTA ¿Va usted á buscar á su familia?

PED Sí, á buscarla...

CINTA ¿Tiene usted tal vez alguna hija?

PED. ¡Ay, no! La única que tenía duerme encerrada en una caja llena de flores.

CINTA ¡Pobrecilla! Rezaré por ella.

PED No, no...

CINTA ¡Ya lo creo! No puedo ofrecer á usted otra cosa; pero le daré mis oraciones para esa niña.

CAND. (Bajo á Pedro.) Ya lo oye usted; rezará por su hija.

PED ¡Nunca! (Se pone en pie.) Huiré... ¡Dios mío! ¡Ay de mí! (Se deja caer de nuevo sentado sobre el sillón y solloza.)

CINTA (Compadecida.) Llore usted, llore usted. ¡Pobrecito!

PED (Reponiéndose, pero agitado.) Entonces eres buena... Es decir, que quien te haga daño cometerá una tremenda, aunque inexorable injusticia... (Se levanta; Candelaria y Cinta le imitan.) Dame tu mano, quiero acercarme á la ventana; deseo aspirar el viento de la noche, sentir el soplo de la inmensidad.

CINTA (Guiándole hacia la ventana.) Está usted temblando. ¡Y qué mano tan fría! He atormentado á usted evocando en su alma recuerdos. (Pesarosa.)

CAND (Mirando al campo.) El viento es frío y húmedo. La tormenta ha pasado, pero se cierne sobre los picos de Novares; volverá.

CINTA ¡Qué tristeza! Las tormentas no debieran volver.

PED No, es verdad; no debieran volver, ni tampoco las cosas negras, las visiones tristes y tenebrosas, las sombras desterradas... ¡Qué grande es el misterio que nos rodea! ¿Quién sabe? No volverá la tormenta acaso. (Torna al sillón.)

CINTA Está usted muy triste. ¡Oh, sí! Muy triste... ¿Padece usted mucho? Yo quisiera que su hija viviera, que fuera feliz...

CAND. (Bajo á Pedro.) Juzgue usted de su corazón.

CINTA Ahora mismo, si usted me lo permite, voy á darle un beso en la frente.

PED. ¡No...! (Transición.) Pero sí; venga ese ósculo cándido. ¡Desde hace diez y seis años es el primero que recibo! (Cinta besa á Pedro en la frente; Pedro, al abrazarla, toca los relicarios que lleva al cuello.)

CINTA Ahí va, en nombre de su hija. (Le besa.)

PED ¿Qué es esto que llevas pendiente del cuello?

CINTA Son unos relicarios benditos y de plata afiligranada; muy viejos, pero muy llenos de santidad.

CAND. Tienen grande virtud.

CINTA Mi madre, al colgarlos á mi cuello, me dijo que habían sido de otra niña muy hermosa y muy desgraciada.

PED (Sobresaltado.) ¿Qué dices?

CINTA De una niña que murió sin volver á ver á su padre ausente.

PED (Con voz doliente y quejumbrosa.) ¡Oh voz piadosa, voz argentina, dime qué guardan esos relicarios!

CINTA Este tiene un pedacito de túnica, y este otro un trozo de espina de la humilde corona de un mártir.

PED Dame... que yo los examine. (Cinta se quita la cadena del cuello y la entrega á Pedro con los relicarios.)

CINTA Tome usted.

PED (Coge los relicarios y los besa tres veces; luego queda abatido.) ¡Por qué han perdido la luz mis ojos!

CAND. Las almas no ciegan.

PED (Palpando los relicarios.) Aquí parece que hay un pequeño escondrijo.

CINTA Es el sitio de las reliquias.

PED Y aquí hay algo grabado.

CAND. Es cierto.

CINTA Hay un grabado primoroso y muy expresivo.

PED (Con afán.) ¿Qué es? No acierto á saber...

CINTA Hay, enlazadas, una cruz y una anémona.

PED Y eso, ¿qué significa?

CINTA La cruz, sacrificio.

PED ¿Y la anémona?

CINTA Ausencia y olvido.

PED (Bajo.) ¡Oh supremo enigma!

CAND. (Bajo á Pedro.) Es tu hija la que te habla desde la tumba.

PED. (Devolviendo los relicarios á Cinta.) Ten, hija mía; me has prestado un blando consuelo. (Se levantan todos.)

CINTA ¿De modo (A Pedro.) que quedamos en que seremos buenos amigos?

PED (Dulcemente.) Como pueden serlo los que vienen y los que se van.

CAND. Dejamos á usted. Vamos á prepararle una bebida calmante. (Vase por la primera puerta derecha.)

CINTA Adiós, ¿eh? Hasta ahora.

PED. ¡Flor inocente montañesa, por ti se hará más triste la soledad! (Coge la mano á Cinta, vacila y, de pronto, la atrae á sus brazos y la besa en la frente. Cinta vase corriendo tras de su madre, y Pedro queda en pie con las dos manos sobre la cara.)

ESCENA VIII

PEDRO; luego, por el segundo término derecha, la TÍA BOLINA con un pequeño calderito de hierro con agua, que se figura ser bendita y un hisopo; el TÍO SOLANA, esgrimiendo una rama de enebro; NISCA, con dos pequeños palos clavados en cruz. Detrás, GARABIEL; medroso y con la montera en la mano. Todos irán adelantándose hacia Pedro, procurando hacer el menor ruido posible

BOL. Mirai, ha faladu con la mi niña.

GAR. Cata que la ha hecho maleficiu.

SOL. Irvos preparando, rapaces.

BOL. (Con voz y ademán de sacerdotisa, adelantándose y haciendo con el hisopo una aspersión.) Por el agua bendita...

SOL. (También, como todos, con cierta monótona canturria.) Por el ramo de enebiu...

NISCA Por el signo de nuestra redención...

GAR. Amén.

PED. ¿Quién es? ¿Estoy soñando?

BOL. Conjurámuste, ánima en pena.

SOL. Pedímuste, pantasma.

BOL. Que tornes á la tierra.

NISCA Y vuelvas á la tu sepultura.

GAR. Amén.

PED. ¿Sois personas ó sombras? ¿Es mi cerebro enfermo el que finge esas voces? Dios poderoso, ¿han vuelto á mi frente los desvaríos, ó es que toman cuerpo las ideas dolientes?

BOL. ¿Por qué volviste, ánima solitaria? Tus cariñus son de otri. Los que no conosciste ficieron suyas las tus heredades.

PED. ¡Ay, es la voz de las cosas muertas!

SOL. Ya non aliendan los tus fillos.

NISCA Agora non has de topar las tus arcas.

BOL. Torna á la noche de que viniste.

GAR. Amén.

PED. Sí; tenéis razón, seres ó sombras; soy el ausente, el olvidado, el muerto en el tiempo y en la memoria, el que no ha de encontrar sus hijos, ni sus haciendas, ni sus arcones repletos. Soy el ánima en pena.

TODOS ¡Jesús! (Se santiguan.)

GAR. (Bajo.) Aticuenta que le llega el conjuro.

PED. No me atormentéis más, dejadme. Ya lo sé; yo no puedo hacer aquí sino mal: esparcir el dolor, aplastar ángeles y sofocar en el polvo sus aleteos. Yo no puedo, ni debo, ni quiero vivir.

GAR. Si eso mesmo discurres, vuelve á la sima.

BOL. Por el agua bendita.

SOL. Por el ramo de enebru.

NISCA Por el signo de nuestra redención.

GAR. Amén.

PED. Sí; vuelvo á la sombra, á la obscuridad, á la muerte, al olvido. ¡Apartaos!

ESCENA IX

DICHOS, el SEÑOR JULIÁN, por la segunda puerta derecha

JUL. (A los labriegos.) ¿Qué hacéis aquí vosotros? Marchaos inmediatamente.

SOL. Vámonos, que el amo no está para pedriques.

BOL. Dejemus al ánima, que ella se irá. (Vanse los tres, mirando recelosos á Pedro.)

ESCENA X

PEDRO, el SEÑOR JULIÁN; luego GARABIEL

JUL. (A Pedro.) Ya tiene usted dispuesta su habitación.

PED. Es inútil; parto ahora mismo.

JUL. ¿Ahora mismo? La tormenta vuelve á iniciarse.

PED. Sólo intento llegar al más próximo caserío.

JUL. Señor Pedro... (Insistiendo.)

PED. Señor Julián, sé quién es usted, y sé en dónde estoy. ¿Necesito decir más para convencerle?

JUL. Está bien. Zajucos dista sólo de aquí kilómetro y medio. Yo mismo acompañaré á usted.

PED. No es preciso; sólo quiero orientarme.

JUL. Sin embargo, prefiero dejar á usted en lugar seguro. (Llamando.) ¡Gabriel! (Se acerca á la ventana.) Cae otra vez la lluvia. ¿No quiere usted esperar siquiera una hora?

PED. De ningún modo.

JUL. (Frío.) Sea como usted quiera.

GAR. (Por la derecha.) ¿Qué manda el amo?

JUL. Trae los capotes y un farol. (Vase Garabiel.) Espero (A Pedro.) que no nos guardará usted rencor. La fatalidad es más fuerte que la voluntad de los hombres.

PED. (Cogiendo de la mano á Julián.) Oiga usted y conserve el recuerdo de mis palabras: he venido hace media hora á recobrar amor, fortuna, felicidad, cuanto miserablemente usted me usurpaba.

JUL. Pero ..

PED. (Con energía.) ¡Cállese usted! Pero, en esta media hora, se ha alumbrado mi inteligencia y la voz de un ángel me ha hecho, por primera vez, sondear el misterio infinito. Los muertos no vuelven. (Melancólico.) Y lo más triste es que es absolutamente preciso que

no vuelvan á agostar flores, á tronchar alas; á... (Solloza.)

JUL. (Seco.) Usted mismo lo dice.

PED. ¡Calle usted! ¡Que no oiga su voz, si no quiere que me arrepienta! Tiene usted una hija, le ha dado usted la existencia, ¿no es cierto? Pues bien: ella es quien hoy se la devuelve á usted. Desde ahora no le debe á usted nada.

ESCENA XI

DICHOS, CANDELARIA y GARABIEL, con los capotes y un farol

GAR. Aquí están los abrigos.

CAND. (Fingiendo sorpresa.) ¡Cómo! ¿Se marcha usted ya?

PED. Sí... es preciso... Mañana tal vez me arrepentiría.

CAND. (Bajo á Julián.) ¿Oyes? ¡Estará arrepentido mañana!

JUL. (Idem á Candelaría.) Descansa tranquila. (Se dirige para ponerse el abrigo á Garabiel, quien se lo habrá colocado ya á Pedro.)

PED. ¡Adiós vida; adiós felicidad; adiós todo!

CAND. (Bajo á Pedro.) Pedro... ¡Perdón!

PED. ¡Calla... que no escuche tu acento! Si no hubiera oído la voz de tu hija; si no me llamaran de allá, de no sé dónde; si no me atrajera ese gran misterio inefable que tú, que te llamas piadosa, no vislumbras, también te abandonaría. (Rechazándola.) Eres mala.

JUL. (Separándose de Garabiel, queda en el foro, y adelantándose hacia el grupo.) Comprenderá usted (A Pedro.) que esta situación es insostenible...

PED. (A Julián.) Y usted, usurpador de dichas ajenas, no olvide que puedo despojarle de su hogar y de su fortuna, condenar á su hija al oprobio; que puedo todavía...

CAND. (Bajo á Julián.) ¡Todavía!...

PED. Y que todo se lo abandono, confiando en la Justicia absoluta.

JUL. (Llevando al otro lado de la escena á Candelaria.) Espérame despierta.

PED. ¡Qué triste es morir solo!

JUL. Cuando usted guste.

PED. (Volviéndose hacia el foro.) ¡Vamos! (Julián toma el farol de manos de Garabiel, coge del brazo á Pedro y ambos salen precipitadamente por el foro. Candelaria va á sentarse pensativa junto á la lumbre.)

ESCENA XII

CANDELARIA, GARABIEL; luego, por la derecha, la TÍA BOLINA, el TÍO SOLANA, NISCA y CINTA, según lo indica el diálogo

GAR. (Después de una pausa.) No quiso el amo que fuera á le acompañar.

CAND. (Pensativa.) ¿Para qué? Sabe bien el camino.

BOL ¡Ay la mi señora! ¿Marchóse ya el ánima en pena?

CAND. No hay en el mundo almas en pena.

NISCA Mire la mi señora que ella misma lo dijo.

SOL. Y con voz muy triste v acongojá.

BOL. (Con misterio.) Escuchai cómo la tromenta ya vuelve. ¿No oís mugir el viento? Es la tierruca fría la que llama al ánima triste.

CINTA (Por la derecha.) ¡Ay, madre; yo me muero de miedo esta noche! ¡Cómo! ¿No está ya el pobre cieguecito?

CAND. Salió con tu padre hasta el caserío cercano.

CINTA ¿Con esta noche? ¡Qué crueldad!

CAND. Está cerca; son diez minutos de camino.

CINTA Pero, ¿volverá? (Se sienta junto á Candelaria.)

CAND. ¡Quién lo sabe!

GAR. El vendaval arrecia. (Relámpago.)

BOL (En tono solemne á los aldeanos.) Callarvos. ¡Va á cumplirse el conjuro! (Trueno prolongado. Los aldeanos se santiguan.)

CAND. ¡Jesús! (Se cubre el rostro con las manos.)

CINTA ¡Ay, madre, qué miedo! Pero, ¿qué tienes? Te has asustado mucho, ¿no es verdad? ¿Por qué no me contestas? ¿Te sientes mal?

CAND. No; la sorpresa... ya pasó. Abrázame, hija

mía; no sé por qué me parece que tengo hoy más necesidad que nunca de tu cariño.

CINTA ¡Con el alma y la vida! (Se abrazan. Los campesinos, que se habrán acercado á la ventana, cuchichean.)

SOL. ¿No oís allá lejucos, lejucos, asina como un resoplío quejumbrón?

GAR. Es el bufío de una vaca geda.

NISCA Madruca, es el mermurar de la juenti.

BOL ¡Malañu para vusotrus nunca ni no: es el jalaridu de un ánima!

NISCA ¡Maravilla, Señor! ¿No atisbáis cómo sobre Cabuérniga se ha rompidu la nube y ha pasau una cosa pequeña encendía?

GAR. Es la fogata de un invernal.

BOL. ¡Taday! Es un ánima que sube al cielo.

SOL. Evate que allí corre una sombra que meja que s'acerca.

NISCA ¡Mi alma si no es un malhechor!

GAR. O una bestia brava.

BOL. Callarvos y no rechistar, que es el amo.

ESCENA ULTIMA

DICHOS; JULIÁN que entra sin el farol y visiblemente alterado

CINTA (Levantándose y saliendo á su encuentro.) ¡Padre mío!

JUL. (Pensativo y rechazándola suavemente.) Déjame; necesito descanso.

CAND. (Que también habrá salido al encuentro de Julián y bajo á éste.) Silencio y calma.

(Julián va á sentarse junto á la mesa; apoya los codos en ella y la frente en las manos, quedando en esta posición hasta el final de la obra.)

SOL. (Bajo á los aldeanos.) Paece que el amo trae maleficio.

NISCA Sí; por la mi madre.

BOL. Hechizádole ha el ánima triste.

(Candelaria vuelve á su asiento y apoya también la frente en su mano.)

CINTA ¡Oh! Aquí pasa algo que no comprendo. (A

Candelaria.) ¿Qué tiene padre? Y tú, ¿por qué lloras?

CAND. ¿Yo llorar? (Rehaciéndose hasta mostrar júbilo.) ¿Por qué? ¡Si no estoy triste! (A los criados.) Ahora todos á recogerse.

CINTA (Compungida.) Yo quisiera rezar otra vez.

CAND. ¿Por quién?

CINTA Por... las ánimas necesitadas.

CAND. ¿Por las ánimas?... Sea. (A los campesinos, con energía.) A ver, repetid todos: «Apiádate, Señor...»

TODOS (Menos Julián.) «Apiádate, Señor...»

CAND. «De tus siervos...»

(Comienza á caer el telón muy lentamente.)

TODOS (Menos Julián.) «De tus siervos...»

CAND. «Y haznos dignos...»

TODOS (Menos Julián.) «Y haznos dignos...»

CAND. «De tu misericordia...»

TODOS (Menos Julián.) «De tu misericordia...»

CAND. Amén.

TODOS (Menos Julián.) Amén.

(Telón rápido.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

LA VACA MUERTA

CUADRO PRIMERO

Interior de un despacho de sidra, anejo á un parador, en las cercanías de Infiesto. Puerta al foro y laterales. Armario con utensilios. Mesas y taburetes. Al foro, arboledas. Es de día.

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
ARMIDA (30 años).....	Srta.	Amparo Villegas.
CARMINA (26 íd.).....		Consuelo Badillo.
MIGUEL (28 íd.).....	Sr.	Ricardo Calvo.
TÍO RAMÓN (65 íd.).....		Granda.
MARTÍN (30 íd.).....		Gonzálvez.
BASTIÁN (28 íd.).....		Sapela.
PACO (26 íd.).....		Lucio.

Coro de voces lejanas

La escena en las cercanías de Infiesto, 1860

ESCENA PRIMERA

Sentados junto á una mesa en sendos taburetes, juegan al dominó PACO y BASTIÁN, quienes colocan sobre el tablero ruidosamente las fichas. Cerca de otra mesa, departen CARMINA y TÍO RAMÓN. Todos visten al estilo de los aldeanos de Asturias. Carmina, con jubón y mangas abullonadas. El viejo tiene barba blanca y se apoya en un báculo

PACO — El seis doble. (Poniendo la ficha sobre el tablero.)

BAS. — Finco á seises. (Idem.)

PACO — Réstame uno; tapo con el as.

(Siguen jugando.)

RAM. — Home soy viejo y achacoso, pero diéronme los años sabiduría, y las desventuras, prudencia. Guárdate de fer maldaes, Carmina.

CAR. — ¿Maldaes, tío Ramón? Ansina me muera aquí mesmo si á nadie quise mal.

RAM. — Mal puedes facer sin albergar odio; desgracia puedes acarrear sin haber malquerencia; matar puedes besando: eres muller.

PACO — Treses.

BAS. — Doblo.

CAR. — Yo, ni beso ni mato; güelo. Además, ¿á quién iba á matar?

RAM. — ¿A quién? A Miguel. (Carmina ríe.) Non rías, non, que son las tus sonrisas y los tus arrumacus los que le despertaron de la casona, los que ficiéronle olvidar á su venturada muller, que llora, y sospira, y entontece, nada más que por tus pecadus.

CAR. — ¡Mi alma! ¿Tengo culpa yo de que él de mí se prende? ¿He de echarle de aquí como puede espantarse un rapaz? Si non se desaparta la peña y se forada, ¿qué culpa tiene la juentina?

RAM. — Juenti de mal, juenti de perdición la que ríe en el cañu y piérdese, aturdida, entre pedregales. (Siguen platicando en voz baja.)

PACO — ¡Capicúa, y gánolo!

BAS. — La sidra ganaste, que no el vino.

PACO — Fué vino y sidra. ¡Mal añu

BAS. (Levantándose.) ¡Mientes tú, que non iba to empeñao!

PACO ¡Y tú más remientes, y si me acorralas, non ti vale ni tampoco la uña de la gran bestia!
(Tío Ramón y Carmina se acercan.)

RAM. Paz haya, Paco; y tú, Bastián, bien vas con la sidra, que yo sé que no más apostóse.

BAS ¡Vaya el güelo al diantre con los sus amuletos, que falta non fainos!

PACO Dejen los viejos las cosas d'homes.

CAR. Pues home, y muy home, ha de ser quien, si non vos acalláis, vos dará con los jarros en los focicos.

BAS ¿Quien va á ser ese hombrín? ¿Miguel?

CAR. Miguel ú otri. Es lo mesmo.

PACO Non tié cuayada pa eso. Y, á más, faría millor en ser prudencioso y en dirse con la su muller.

BAS (A Carmina.) Y dejar sus falagos, ¡contra! (Aparte.) ¡Vin por otra!

CAR. ¡Callai, gochos, fartos de fabes! ¡Mirai que sus ha da pesar!

PACO Miguel non si atreve á probar mi vardasco. (Esgrimiendo el palo.)

BAS. Si asoma, le espabilo de dos mocadas.

RAM. (Que se habrá acercado á la puerta y vuelve.) Non lo digas más, que aquí llega.)

BAS (Asustado.) ¡Ricontra!

PACO (Bajo.) Prudencia, Bastián.
(Van ambos campesinos á refugiarse junto á la pared de la derecha.)

CAR. (Con desprecio.) ¡Mirai los mozacos! ¡Puah! ¡Mala landre!

ESCENA II

DICHOS, y por el foro MIGUEL

MIG. (Entrando y arrojando la boina sobre un taburete.) Hola, tío Ramón. Güenas tardes, Carmina.

CAR. Güenas y santes.

RAM. Bien vengas. (Bajo á Carmina.) Márchate.

CAR. Pero...

RAM. (Idem.) ¡Vete!
(Vase Carmina por la izquierda.)
MIG. (A Paco y Bastián.) Hola, garridos. ¿Qué hacís ahí agazapaos?
BAS (A Paco.) ¿Acobárdaste?
PACO (Bajo á Bastián.) ¡No, mi alma! Agora verás. (Tosiendo alto.) ¡Ejem!
BAS (Idem á Paco.) Duro. Desafuega tu pecho.
MIG. ¿Eh? ¿No contestáis?
PACO ¡Ejem!
MIG. ¿Faces burlas? (Avanza y los aldeanos retroceden á lo largo de la pared, en dirección á la puerta.)
BAS. Non face burlas; non face sino ¡ejem!
MIG. ¡Largo de aquí!
BAS. (Huyendo.) ¡Eh, eh, non ti enfurruñes!
MIG. ¡Ajuera! (Vanse los aldeanos por el foro.)

ESCENA III

MIGUEL y TÍO RAMÓN

MIG. Non sé qué tengo, tío Ramón. (Se sienta en un taburete.) Parez que aquí, en mis entrañas, arden toas las fogueras de la Sanjuanada. Y, á pesar de to, siento un frío muy grande, como si toas las nieves del monte jueran cayendo sobre mí, copo á copo.
RAM. (Sentándose.) Lo que tiés, yo bien me lo sé, Miguelón.
MIG. Quiziás. Dígalo, si lo sabe.
RAM. Lo que tiés es... remordimiento. (Movimiento en Miguel.) Sí; non fagas muecas. Remordimientos de concencia; porque has abandonao tu casona, Miguel, y la tu muller, y la cuna en que tu fío murió, y la tierruca triste en que buscaste tantas veces el pan con la azada.
MIG. (Abatido.) Fice maldad. Pero, cuando murióseme el rapacín, murióse en mí todo. Torném cabizbajo, tristón. Dimpués me golví furaño, y aluego iracundo. Un día, mi suerte ó mi malaventura trújome aquí.
RAM. La malaventura, Miguel.

MIG. Venía sediento, y entré á pedir una jarra de sidra.

RAM. ¿Y entós conosciste á Carmina?

MIG. ¡Carmina! Vine; miróme firme, y fuí suyo. Los sus uellos fascinan; su frente es serena, como agua dormida; prietos y rubios los sus cabellos, como el fruto del boroñal. Su boca tié el imán de la piedra brava; y sus palabras, el encanto del silbo misterioso de la serpiente.

RAM. ¡Señor Jesús! ¡Fízote aojamiento!

MIG. De entonces perdí la color y la fala. Volví á la casona. Armida acogióme con llanto, y yo la miré con rencor. Cada lágrima suya enojábame más y más. Quejóseme un día al verme taciturno, y yo, enfurecido, arrojéla de bruces sobre un faz de sarmientos. Bajé al establo Me encendía la rabia, y allí desfogué mi coraje en la vaca, que, atada á la argolla, me miraba con pupilas serenas, rumiando pacífica un puñao de fueyas dorás.

RAM. Ovieras bien fecho en te dominar.

MIG. (Que habrá quedado pensativo.) Tío Ramón: los animales, ¿tién ánima?

RAM. Parezme que sí.

MIG. Igual que si viera mi maldá, cobróme enemistá la Roxa. Cada vez que pasábale junto, tornaba á mí su cabezuca, y con los uellos mu paraos me miraba, como si me dijera: «¡Miguel, eres malo!» Su mirada me perseguía dormido y dispierto. Una noche escura cogí cuantos dineros ovíamos, y decidí dejar para siempre mi pobre casona y mis parambiales. Salí, y en el zaguán maldije la mi suerte. Se había soltao la Roxa, y con el su corpacho cubría el portón, como si ánimo oviera de me estorbar en la juída. Enojéme, y arremetí contra la res.

RAM. ¡Desdichao!

MIG. Piquéle con la ahijada una y otra vez en los flancos, y la pobre vaquina volvióse á mirarme con asombro y súplica. Al picarla de nuevo, trompecé y caíme, hiriéndome con

un guijarro del zaguán. La sangre cayó por mi frente, cegándome, y, sin saber cómo, encontré en mi mano el cuchillo. Ya la vista nublá, me arrojé sobre el animal, sepultando el arma en su vientre, fasta qué dobló las sus patas y cayó marmullando un doliente mujío. Y allí quedóse arrodillá, con sus ollos mu grandes abiertos. ¡Y allí quedé en pie, (Bajando el acento.) casi á escuras, sintiendo el cuchillo temblar en mi mano, como el puñal en las manos de un asesino!

(Apoya en la mano la frente, como aterrado de su obra.)

RAM. (Gravemente.) Non ficiste sino ferirla, pero ficiste mal. La vaca es sagrá. Eso traerte ha maleficio, Miguel. Los animales del establo to lo saben. Cata sus ollos, y toparte has con el misterio de la noche y el día, de los montes y de los valles, de la vida y la muerte. Alvierte que cuando tos temblamos, ellos siguen graves y seriucos, como si aspirasen fumaredas de altar.

MIG. Entróme sudor frío; tuve espanto, y fuí. Por to el camino parescíame oir el mujío de la res, que se quejaba del sacrificio. No; non pueo volver á la casona, tío Ramón; non pueo volver.

RAM. Has matao el hogar; no has rispetao el misterio. Non tindrás paz fasta que un beso de muller venga á buscarte por encima de una mortaja. (Se levanta.)

MIG. Non entén el presagio. Mas, dígame: ¿cuál es su conseyo?

RAM. Torna, torna á la casona, rapaz.

(Miguel queda pensativo en su asiento.)

ESCENA IV

DICHOS; MARTÍN por el foro, con traje de camino, polaínas, espuelas y sombrero cordobés. Luego CARMINA, por la izquierda

MAR. Bien hallados. ¿Pueden decirme quién es el patrón del parador?

RAM. Bienvenido sea. Agora llega el ama. (Bajo á

Miguel.) Non ti olvides. Vé á la casona. (Llamando.) ¡Carmina! Volveré. (A Miguel. Mutis por el foro.)

MAR. ¡Carmina! ¡Bonito nombre tiene la patrona! (A Miguel.) ¡Eh, buen mozo! Dígame, si gusta: ¿estamos muy lejos de Infiesto?

MIG. (Secamente.) Seis lleguas.

MAR. ¡Diablo! Tendré que pernoctar aquí. Gracias, amigo.

CAR. (Por la izquierda.) Dios li ayude. (A Martín.) ¿Qué se li ofrez?

MAR. Ante todo dar gracias á Dios, que pone en mi camino una mujer de tan hermosa presencia.

CAR. (Riendo.) ¿Oyeslo, Miguel? (Este hace un gesto de desagrado.) Gracies. (A Martín.) ¿Y non li ocurre más?

MAR. Que se haga cargo un mozo de mi caballo y que se me prepare un buen refrigerio, en que no falten las excelentes magras de Avilés y el queso de Cangas; todo ello servido, á ser posible, por esas manos de santita.

CAR. (Riendo.) ¿Fala de veras, hom?

MAR. Tan de veras, que por ellas cambiaría gustoso refrigerio y descanso. Tengo una imagen manca, y me hacen falta unas manos así. (Va á cogérselas.)

CAR. (Rechazándole.) ¡Téngase allá! (Miguel se pone en pie.) Las mis manos pueden facer mal. (Riendo de nuevo.) Si quiere que siamos amigos, entre allí (Señalándole la puerta de la derecha.) y guarde comenencia.

MAR. ¿Eres una virtud silvestre? Como quieras. Pero no me hagas esperar, porque tengo que hablar contigo de moral despacio. (Vase por la derecha.)

ESCENA V

CARMINA y MIGUEL

CAR. (Riendo.) ¡Ja, ja, ja! ¡Mi vida, que es parlanchín el viajero!

MIG. Carmina, propóneste martirizarme.

CAR. Martirizarte yo... ¿Por qué?

MIG. Porque ti quiero con to el corazón, y non pueo ver que fales á otro home, y le rías, y le fagas semblante.

CAR. Libre soy como las alondras. A naide de mis voluntaes fice mercé.

MIG. Mátasme faciendo talante de non saber que yo ti quiero, que non acierto á vivir sin ti. Por ti abandoné la mi casona, por ti fí á la villa y jugué los dineros.

CAR. Ganaste, y así gastas magencia.

MIG. Sí: gané; pero soy más probe que nunca, porque naide me mira, porque no tengo más que á ti en el mundo.

CAR. (Poniéndose seria.) Tienes... á tu muller.

MIG. Non la mientes... Está agora llorando abandoná, y es buena... De seguro, millor que tú ..

CAR. Gracias.

MIG. Pero tú me dominas, me arrastras... ¡Pa ti sola es mi alma, tierna y llorosa, como por la mañana la yerba en el prao! ¡Tú sola aquí drento (Con la mano sobre el corazón.) vives y palpitas!

CAR. Casao eres, Miguel, y yo mucho conozgo de miseriucas. ¿Quién me diz que algún día non fenece el encantamento, y ti tornas, como una oveya, á la tu mullerina?

MIG. Non; yo ti lo juro. Una y mil veces faría por cuertar ese ñudo pa venir á mirar los tus ollos, (Con ternura.) limpios como sol que amanesce; pa oir la voz de la tu garganta, fascinaora como el gorgolitar de los paxarinos.

CAR. Ley ti tengu; cariñu en tí asoma. Pero non me fío, Miguel.

MIG. Una prueba demándame.

CAR. ¿Una prueba? Non eres capaz de me la donar.

MIG. Siá cualsiquiera, yo prometo dártela.

CAR. Non sé qué demandarte. Espera... ¡Ah, sí! ¿Te alcuerdas de si el día de la tu boda ficiste á tu muller algún presente?

MIG. Sí.

CAR. ¿Cuál, nin?

MIG. Un anillo de plata.

CAR. Pues bien: dame ese anillo.

MIG. (Turbado.) ¡El anillo!... ¡Imposible, Carmina!

CAR. ¿Lo ves? ¿Non lo dije?

MIG. El anillo del desposorio... ¡Mi alma! Dile en la ermita, entre la fumareda del incienso, delante del Cristo, que estaba entre luces, con los sus brazos, muy flacos, abiertos, atendiendo el son tembloroso de la campanuca, que caía de la espadaña, oyendo marmullar non sé qué rezos misteriosos que los homes no entén Traerían os desgracia. Non; el anillo non si pué tocar.

CAR. (Despreciativa.)Non fales más; non me tiés ley. Torna con tu muller y tus rezos. (Hace ademán de marchar.)

MIG. (Angustiado.) Oye: ¡nom me rechaces, que mis uellos se nublan y por mis oreyas pasa el zumbío de las abejas. y en mi frente paece que la sangre se esnidia! Pídeme to: la vida; otra cosa que no el anillo.

CAR. ¿Non jué prenda de amor, siñal de alianza? Vinga si me amas, y si non, vete.

MIG. (Pensativo.) Armida le tié puesto en su mano, y solo al dormir le deja en la su cabecera.

CAR. Pídeselo, quitaselo, róbaselo.

MIG. Robárselo... dormida... ¡Non, non mi atrevo!

CAR. (Rechazándole.) ¡Bah! No eres home.

MIG. (Suplicante.) ¡Oye!

CAR. Oitri día.

MIG. ¡Carmina!...

CAR. ¡Aparta!

MIG. (Cogiéndola de las manos. Ella forcejea por desasirse.) ¡Non! ¡Mía serás, por juerza, si non de gradu! (Conteniéndose de pronto y rechazándola.) Pero no; ¡vete! ¡Vete! Eres la desgracia maldita. Tus ollos son llamas; tu voz es bramío. ¡Tiés el encanto de Satanás! (Va á sentarse junto á una mesa; apoya en ella el codo y la frente en la mano, como vencido por la lucha.)

ESCENA VI

DICHOS. MARTÍN por la derecha

MAR. Patrona, sin duda la gente no se acuerda de que tengo un excelente apetito.

CAR. ¡Olvidélo, mi alma! Agora mesmo faránle que yantar.

MAR. ¿Todavía está aquí este gentil y valiente aldeano? (Bajo á Carmina.) ¿Es acaso el dichoso depositario de esa divina gracia?

CAR. Fáleme en cristiano, siñor.

MAR. Digo que si es el afortunado arcipreste ó canónigo encargado de guardar esas santas reliquias.

CAR. ¡Ja, ja, ja! Non li hay en esta feligresía.

MAR. Lo celebro en el alma, porque advierto que yo, en cuanto me lo mandes, voy á ordenarme *in sacris*.

ESCENA VII

DICHOS, PACO y BASTIÁN por el foro

PACO Daca sidra, Carmina, que ficimos las paces y tos venimos sudorientos.

BAS. (Bajo á Carmina, por Miguel.) ¿Pasóle el enfadu?

PACO (Acercándose temeroso á Miguel.) ¡Eh, Miguelón! (En tono festivo.) ¿Non quisieras que ficiéramos amistaes?

MIG. Fechas están por la presente. Bebei, que yo pago.

BAS. ¡Esu son homes! Daca, Carmina, daca una media azumbre del tarral.

MAR. Oiga usted, santuario, (A Carmina.) ponga otra media por mi cuenta, que no quiero yo ser menos rumboso con estos muchachos.

CAR. Farélo ansina. (Vase por la izquierda.)

ESCENA VIII

DICHOS menos CARMINA

BAS. Fagamos solaz, que pronto habremos de tornar al maizal á pulsar los trebeyos. (Se sienta con Paco junto á la mesa frontera á la que ocupa Miguel, cabizbajo.)

PACO (A Martin.) Dígano, si le place: ¿piensa marchar presto, siñor?

MAR. (Yendo á sentarse junto á Paco.) Quisiera continuar mi viaje esta noche hacia Infiesto, si no encuentro á mi caballo cansado.

BAS. Fará mal. Non es prudente pasar de noche cerrá por la carretera.

MAR. ¿Por qué (Bebiendo.)

PACO ¿Non ha oídu falar de las Xanas?

MAR. ¿Las Chanas? Maldito si conozco á tan respetables señoras.

BAS. Son... fades engañoses que facen á las gentes el mal de filu.

MAR. ¡Ta, ta, ta! (Sonriendo.) De filo pasen todos los males. A los que yo temo es á los que vienen de plano.

PACO Non ría tan prestu. Agora mesmu ha llegau Pachu, con el gadañu al hombru, y jura que que ha vistu una cosa mu espantable mu cerquita de la Carbayera.

MIG, (Prestando atención.) ¿De la Carbayera? Frente á frente tengo la mi casona.

PACO Jura y perjura Pachu que, tanimientras caminaba, ha guipadu en el caminu un gran bulto negro, y ha oídu ansina como sollozus apagaus.

MIG. (Inquieto.) ¿Frente á la casona?

PACO Y non atrevióse á pasar, y, dando un gran rodeu, escapó reblincando por un atayo, que á poco si non pierde las calces.

MIG. (En pie.) ¿Diz que un bulto negru? (Conteniéndose y volviendo á su asiento.) ¡Bah! Ninyerías.

BAS. (A Paco.) ¿Preguntasle si vido huestes?

MAR. ¿Qué son huestes?

BAS. Son luces que lluman en lo escuro, medrosucas, pero mu encendías, ansina como las chispas del sarmientu en el llar.

PACO Non vido sino el bulto mu espantable.

MAR. ¡Vaya, vaya! ¿No tendremos algún ladrón ó algún bromista de mala ley que quiera despejar el campo á su alrededor, haciendo creer á los bobos que es un fantasma?

BAS. Por sí ó por non, y al respetive, non será el fío de la mi madre quien se aventure de noche por la carretera.

ESCENA IX

DICHOS, CARMINA por la derecha, con jarra y vasos

CAR. Aquí está la sidra. (Coloca jarra y vasos en la mesa de los aldeanos, y comienza á servirles.)

MAR. Bebamos á la perra salud del fantasma de Carbayera.

CAR. ¿Qué fantasma?

MAR. Un bulto negro (con sorna.) muy grande, gigantesco, espantoso, que ha aparecido en la Carbayera y tiene asustadas á estas buenas gentes.

CAR. ¡Válanme todus los santos y santes! Si juera yo home, esta misma noche tiempo faltaríame para dir á ver el asombru Pero los homes (Con afectado desprecio y mirando de reojo á Miguel) son cobardones en él país.

MIG. (Poniéndose en pie.) Los homes aquí son... como son, Carmina; y ca uno tié su corazón con las otras entrañas. (Se sienta.)

CAR. ¡Bah! ¿Atreveríaste á dir esta noche solo á la casona, Bastián? (Bastián frunce el ceño.) ¿Y tú, Paco? (Paco baja la cabeza) ¿Y tú, Miguel? (Miguel calla y apoya la frente en la mano.) ¿Lo véis? Ya no hay homes. ¡Ya non hay aquí sino calzonazus!

MIG. (Levantándose.) ¡Carmina!

MAR. (Idem.) Y al que fuera esta noche á la Carbayera, á pie ó á caballo, y bien armado de una carabina para escarmentar á ese bulto

negro, ¿qué sería lo que le darías tú en premio?

CAR. Yo... Daríale primeru esta flor que al pechu trayo, y aluegu...

MAR. Luego, ¿qué?

CAR. ¡Daríale un besu en la su boca!

MAR. ¡Basta! Así que salga en el cielo la luna, montaré á caballo é iré á traerte un vaso de agua de la Carbayera.

CAR. (Con coquetería.) Solu el decillu, bien vale la flor. (Se la da.)

MIG. (Interponiéndose y fuera de sí.) ¡Non, Cristo; non! Esa flor es mía. (La coge de manos de Martín.) Porque yo he de ser quien ha de dir esta esta noche, solo, sin caballo y sin armas, á traerte algu que vale más que el agua de la juenti.

(Todos pónense en pie y se aproximan.)

BAS. ¿Qué va á ser? ¡Mi alma!

MIG. ¡Un anillo de desposorios!

CAR. (Gozosa.) ¡Al fin!

MAR. Está bien; pero tenga presente el buen amigo que no andaremos todos muy lejos, y veremos si hay artimaña ó no en la promesa. (A Paco y Bastián.) ¡Ea, chicos! Venid conmigo, que tengo que hablaros y hemos de preparar lo necesario para el regreso de este valiente.

PACO Avisemus tamién á Pachu.

(Vanse Martín y aldeanos por el foro.)

CAR. Prometidu lu has. ¡Ay de ti si mientes! Al amanecer espero el anillo.

MIG. (Cogiéndole las manos y estrechádoselas con fuerza.) ¡Será tuyo!

(Vase corriendo por el foro. Carmina mueve la cabeza con gesto satisfecho, sonríe, y vase por la izquierda.)

MUTACIÓN

CUADRO SEGUNDO

Bosque en el camino de Infiesto. A la izquierda una fuente rústica. Al fondo derecha la casona. Junto á la tercera caja de la izquierda un bulto cubierto con ramajes que significa ser la vaca muerta.

ESCENA PRIMERA

ARMIDA, en aparente sueño, con la cabeza hundida en las manos. Es de noche y la luz de la luna alumbra la escena. Suena lejos un canto asturiano. Al acabar éste entra en escena el TIO RAMON con montera y báculo

RAM. (Adelantándose hasta Armida y tocándole suavente en el hombro.) ¡Armida... Armida!... ¡Desperta!

ARM. (Alzando la cabeza y con acento lacrimoso y doliente.) Non duermo. Non tié reposo el ánima.

RAM. Entós ¿qué fas? Avanzá es la noche; en el cielo ha dao ya el carro la vueltiña; el canto del gallo ha subío por el tronco de los avellanos y, al soplo del alba, estremécense friolentas las fueyas del maizal.

ARM. (Mirado al cielo.) Sí: ya veo la estrelluca lejana que asoma entre las ramas su ollo azulao que parpadea; y, por mi espalda, siento pasar el frío de una nueva aurora doliente.

RAM. Entra y descansa; ese fríu farate mal.

ARM. ¿Trújome los amuletos?

RAM. Sí, coitada; tráigolos en el seno; ¡faga Dios que te sirvan de paz y de alivio!

ARM. ¿Son fojas de albahaca ó dientes de lobo?

RAM. Non, sino raíz de mandrágora, é piedra esmeralda, é diente de pez, é, para poner sobre el corazón, paños de escarlata, mojaos de agua rosada é esparcidos de sándalos muy certelinos. (Le entrega los amuletos.)

ARM. Prémiele Dios el bien que me fá. (Suspira. Pausa.) Agora dígame por su vida: ¿halló á Miguel?

RAM. Quierlo creer. Non paresce el mesmo. Le falé al corazón y quedose mu pensativo é mu agobiao.

ARM. ¿Non si alcuerda de la casona?

RAM. Sí alcuerda y la concencia le muerde. Pero sufre aojamiento.

ARM. ¿De quién, tío Ramón?

RAM. De una mala muller.

ARM. ¡Ay de mí, triste! (Se levanta.) Téngame. Quiero dir á rezar y los pies se me doblan, y los mis dientes chocan con el fríu mortal de la calentura.

RAM. ¡Venturada! ¡Que non haya pena para ese malvao!

ARM. Calle: non es malvao Miguel. Bueno es y él vindrá á demandarme perdón y yo dárselo he en el nome de quien fizo levantarse las ramas caídas y resucitar á las cosas muertas, por todos los siglos de los siglos. (Siempre con voz doliente y humilde.)

RAM. ¿Dices que vindrá á demandarte perdón?

ARM. Vindrá: me lo dice esa lluna fría que nos alumbra; esa estrelluca que brilla solitaria. Anúnciamelo el esnidiar de la juenti y la soledá de la noche grande, que paez que anuncia desposorios y el golpe acompasao, que toca á esperanza en el corazón.

RAM. Allégrate estóncenes: vé á tornar á la tu alma el sosiego.

ARM. ¡Ah! Non ha de tornar, Ramón; que traerále el remordimiento, pero non el cariñu. Siéntome enferma y él es juerti y sanu; cátome vieya y él es gentil y mozo; tróvome triste y él requiere solaz y esparcimiento. Dejaréle marchar de nuevo. Pediréle que me abandone: trocaré su ventura por la mi muerte. El irá á buscar los falagus de otra muller y yo golveré á la tierruca mi cuerpu y mi alma á esos astrus que se van borrando allá arriba, mu lejus, donde ni el pensamientu llega.

RAM. Vindrá; pero ¿cuándu?

ARM. Presto; tal vez agora mesmo. ¿Non oye marmullar algo ansina como susurro de agua

serena? ¡Es el su alientu! (Animándose y como inspirada.) ¿Non escucha rumor como de tierra que se estremez? ¡Son sus pisadas! ¿Non atiendi mover de foyarasca que se columpia? ¡Es él, que se acerca!

RAM. Calla. (Prestando oído al bosque.) Yo también siento ruido de pasos, rumor de ramajes. Vé adentro. Dios fará lo que tinga á bien.

ARM. (Entrando en la casona.) ¡Vuelve! ¿Qué me imta morir?

ESCENA II

TIO RAMON, que ha acompañado á Armida hasta la puerta, vuelve y queda en el proscenio derecha. Entra MIGUEL por la segunda caja izquierda; avanza con paso cauteloso y, de pronto, queda asustado al ver al viejo

MIG. ¡Tío Ramón!

(La luz de la luna se oculta, y la escena queda en una obscuridad relativa.)

RAM. ¿De qué tiés espantu? ¿Viés á facer bien? Fazlo, y non tardes. ¿Guíate la maldá? Tu maldá mesma sálete al pasu. (Señalando al bulto cubierto de ramajes.) Ahí la tiés, esperándote.

MIG. ¿Qué diz? ¿A ver? (Se dirige al bulto.) ¡La *Roxa*! ¡La vaca, muerta! (Aterrado.)

RAM. Muerta por ti, que has asesinao con tu mano el hogar, que non has respetao el misterio. La vaca es sagrá, vuelvo á decirte. Eso traerte ha maleficio.

MIG. (Inclinándose y mirando con espanto el cuerpo de la vaca.) Sí. ¡Ella es! La mesma. Paez que ha vuelto pa verme la su cabezuca rizá y prieta. ¡Tié los uellos abiertos como pa preguntar non sé qué misterios, y ensanchás las fauces como si aspirase fumaredas de altar!

RAM. Es grande el misterio de las cosas. Quiziás en las pupilas de unos ollos muertos hay más que saber que en tos los libros que escriben los homes.

MIG. (Juntando las manos.) ¡Oh, *Roxa*! (Llorando.) ¡Vaquina que diste el tu cuellu al yugo de la labranza, y al fío mío el albo manantial de tus ubres! Non ti mató la ferida que ciego te fice, y te ha muerto el miserable abandono!

RAM. A otros, Miguel, ofendiste más. Alguien, pa perdonarte, te espera. (Vuelve á alumbrar la luna la escena.)

MIG. ¡Ah, sí! Mi muller... (Golpeando en la puerta.) ¡Armida... Armida!

RAM. Falai á solas y ten caridá de una probe muller. (Vase por la izquierda.)

ESCENA III

MIGUEL y ARMIDA

ARM. (Apareciendo en la puerta y con voz triste) Te esperaba, Miguel.

MIG. (Turbado.) ¡Armida, perdón!

ARM. (Siempre en tono dolorido y melancólico.) Non ofendísteme, en el corazón non si manda.

MIG. (Cogiéndola de la mano y atrayéndola hacia el proscenio) Yo mandaré al mío para que tuyo sea.

ARM. Engáñaste á fe. ¡Pobre nin! Tu corazón non me pertenesce. Quiziás dolorido algún día á mí se encamine, como mal feridu del lobo el corderín á la su majada si torna. Hoy non es mío. (Con profunda tristeza.) Es de otra muller.

MIG. Sólo fué pesadilla... delirio...

ARM. Non disipóse el delirio aún. Vete, Miguel. (Con dulzura.) Grande es la terra, y tú, mozu, eres emprendedor y apuesto. (Miguel baja la cabeza.) Sé dichoso sin mí. Yo pediréle á Dios para ti la felicidá, y pa mí el olvido.

MIG. ¿Y tú, pobretina muller, quedarás aquí sola y triste?...

ARM. ¡Sola non! con el cielo que nos alumbra, con el agua que murmulla en el cauce, con el viento que se duele en las ramas, con la esperanza en otra vida y el recuerdo en el fondo del corazón. (Llora.)

MIG. (Conmovido.) ¡Non llores, mi almina!

ARM. Pídote sólo que me recuerdes alguna vez. En prenda de aquel amor que me tuviste, y pa que te traya buenaventura, toma y lleva contigo este anillo que dísteme el día de los desposorios. (Se quita un anillo del dedo.)

MIG. (Sobresaltado.) ¡El anillu!... ¿Dásmelo? ¡Nunca! ¡Soy un malvao!

ARM. Guardarlo supe y conservarte mi fe. Prenda era de un cariño que ya non me tienes. Tómale; es tuyo. (Va á colocárselo en el dedo.)

MIG. ¡Quita! ¡La mano abrasaríame! ¡Ah, turmentus del ánima! ¿Qué es lo que siento aquí? (Con angustia y llevándose la mano al pecho.) (Comienza á clarear gradualmente, de manera que la luz azulada de las baterías del proscenio, que habrán proyectado la luz de luna, vaya disminuyendo á medida que la blanca de las bambalinas aumenta.)

ARM. Ya despunta la aurora. (Con dulce tristeza, resignada.) Vete, Miguel.

MIG. Non, non mi marcho. Ansina mesmo dijísteme el día en que fícete del anillu promesa.

ARM. (Reanimándose ante el grato recuerdo.) ¿Ti acuerdas? Yo avanzaba por la vereduca, cantando y guiando á la *Roxa*, que facía sonar, al andar, su campanu. Tú saliste á mi encuentro, fatigadu, pero risueño: el chaquetón al hombru, y en la mano el destral. ¡Qué hermosu estabas, galanín! Pedísteme un besu, y yo refugiéme detrás de la probe vaquina. Apuyadus sobre ella como sobre un barandal caliente, falamus de amores

MIG. Y yo entonces, cativado por tus labios de guinda, te aprisioné, truje tu cabeza hacia mí, y puse en ellos el primer beso. Era la primavera; oíase la esquila de los rebañus, y encima de nuestras cabezas, sobre la copa de un almendru, cantaba un pardal.

ARM. Marchitóse mi vida; juése toda la mi gracia y la mi gallardía.

MIG. Non lo digas. (Con enamoramiento.) Mírote agora, y parésceme más fermosa que nunca á esta llum de la aurora, que sonríe yocunda

en tu frente. Dime si te alcuerdas del probe neñín.

ARM. ¡Rapacín mío!

MIG. Murióse, y, juntos, pusímosle en la cabeciña la corona de flores; y tamién muriose la probe *Roxa*, que, homildosa, prestábale sus ubres, lamiendo las sus manos.

ARM. ¡Días de amor, de paz, de alegría.

MIG. Extinguióse la llama del hogar; murióse todu... (Con explosión de ternura.) ¡Ah, perdóname, Armida, y yo ti juro sobre toas estas blancas cenizas hacer revivir otru hogar, otru amor y otru fío de las entrañas!

ARM. ¿Qué diz, Miguel? ¡Non mi atormentes!

MIG. Digo (Con pasión.) que ti adoro, neñina; que en mi pécho güelven á arder toas las brasas del llar, como en tus labios toas las dulzuras de la pomaréda; que quiero, de este instante, vivir pa ti, y sólo pa ti, pa que güelvan á sonar las risas de plata en la tu garganta, y las giraldillas en la casona, y los mugíos en el establu, y los besos en la cuna.

ARM. (Llorosa) Miguel, ¡dime que non engáñasme; dime que non estoy soñandu!

MIG. (Llevándola junto á los restos de la «Roxa».) Junto á esta probetica vaquina te di el primer beso. Sobre ella quiero darte el que ya nunca si ha de olvidar. (La abraza.)

(Voces dentro con música asturiana, y mientras siguen el diálogo Armida y Miguel.—La luz del día va aumentando.)

MUJERES Al pie de una fuente fría.

HOMBRES Al pie de una fuente clara.

MUJERES Que por el oro corría.

HOMBRES Que por el oro manaba.

MUJERES Ya su buen amor venía.

HOMBRES Ya su buen amor llegaba.

MUJERES Por donde ora el sol salía.

HOMBRES Por donde ora el sol rayaba.

¡Ijujú!

ARM. (Enajenada y mientras canta el Coro.) Apárta: todo es un sueño. ¡Non has llamadu al mi corazón; non has juradu amarme; non estás en mis brazus; non has besadu la mi boca.

MIG. (Idem.) Torna á la vida. Soy yo: Tu Miguel, quien se mira en tus ollos, quien te adora, quien non ha de dejarte jamás.

ARM. Non; es delirio. (Pasándose la mano por la frente.) Non es de día; es la noche escura; to es negro, como la pluma de las aves rapaces. ¡Lo que suena es el aullío del lobo, que ha bajao á devorarme de la montaña!

MIG. ¡Desperta! ¡Es el día; es el sol que sonríe en las cumbres; son la vida y el amor que renacen!

(Murmullos dentro.)

ARM. (Atemorizada.) ¡Vienen! ¡Van á separarme de ti!

MIG. (Con resolución.) Non. Resistiré al maleficiu. Mis brazus siempre te ampararán.

ESCENA ULTIMA

DICHOS; TIO RAMON; luego MARTIN, PACO y BASTIAN

RAM. (Por la izquierda.) Facia aquí llegan los mozacos. ¡Animo, mío fío, y non desmayes!

(Entran por la izquierda Martín, Paco y Bastián.)

PACO ¡El bulto negru!

BAS ¡María Santísima!

MAR. Carmina, espera. ¿Qué es lo que aquí sucede?

MIG. Nada. Que podéis desfacer la jorná. Lo que hay aquí non vos interesa. Ya lo véis: una vaca muerta... ¡y una mullerina que revive!

(Abrazando á Armida, que llora de alegría.)

(Telón rápido.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

LO QUE LLEVA EL CORREO

Interior de una vieja posada, trocada por la escasez de viandantes en mísera casa de labor. Cocina á ras del suelo, bajo ennegrecida campana. Cerca, mesa rústica. Escaño y taburetes. Puerta á la izquierda, que se supone comunica con el camino, y otras á la derecha, que dan acceso á las habitaciones interiores. En éstas, cortinas de percal burdo. Al foro ventana, alacena y una imagen de la Dolorosa. Es de noche y de la chimenea pende un candil.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
SALOMÉ (60 años).....	Sra. Isabel Luna.
MARUJA (17 íd.).....	Srta. Mendizábal.
MATÍAS (56 íd.).....	Sr. Miguel Soler.
BRUNO (25 íd.).....	Calle.
RAMÓN (40 íd.)	Miranda.
JUAN EL ZURDO (42 íd.).....	Vico.

Dos guardias

La escena en los alrededores de Pancorbo, 1865

ESCENA PRIMERA

MATÍAS descuelga de la pared una escopeta que entrega á BRUNO, quien la limpia cuidadosamente con un trozo de bayeta. Ambos visten como los labradores del país. El primero llevará polainas y sombrero. Cerca de la chimenea, sentada en un escaño, miserablemente vestida y desgreñada, MARUJA permanece sumida en un á modo de atontamiento

MAT. Importa que antes de amanecer sepa yo con seguridad qué es lo que ocurre en las cercanías. Desconfío del Zurdo y de Roque. Ayer hablé con ellos pocas palabras y ellas me bastaron para convencerme de que sospechan de nosotros y quieren sacar también del asunto el partido mejor posible.

BRUNO Pierden el tiempo. ¡A buena parte vienen!

MAT. Además, necesito recoger la cartera que tengo escondida en sitio seguro. Una vez que la tengamos en nuestro poder, creo que lo mejor será que nos vayamos de aquí á la buena ventura.

BRUNO ¿Y madre? ¿Y Maruja?

MAT. Tu madre no puede acompañarnos. Está vieja y enferma; pero la dejaremos lo bastante para que pueda vivir unos cuantos meses. En cuanto á Maruja...

BRUNO (Con un dedo en los labios.) ¡Chist!...

MAT. ¿Qué pasa?

BRUNO Que está allí, junto al fuego, y pudiera oirnos.

MAT. Es lo mismo: ni ve, ni oye, ni entiende. Hicimos un buen negocio, por cierto, al recogerla cuando era pequeña en el camino.

BRUNO La verdad es que no nos ha dao mucho que hacer. Claro es que no piensa, se entera ni discurre; pero nos ha servío fielmente, y cuando supo la muerte de mi hermano, se echó á llorar, fué á ocupar su lugar como un perro á quien falta el amo, y de él no se separa de día ni de noche.

MAT. Por lo mismo, no habrá entendío lo que hemos dicho.

BRUNO Convendrá que estemos de ello seguros. (Llamando.) ¡Oye, tú: Maruja!

MAR. (Como despertando.) ¿Eh? ¿Quién me llama?

MAT. Ven aquí. (Maruja se acerca lentamente.) ¿Qué haces ahí acurrucá tan cerca de la lumbre?

MAR. Tengo frío... mucho frío... Ha estao nevando toa la noche y de Pancorbo sopla un cierzo que entra en los huesos como un cuchillo muy afilao

BRUNO Vete al desván, túmbate allí á la larga y cúbrete bien con las esteras.

MAR. Y, á más, tengo miedo. (Mirando á todos lados con ojos espantados.) ¡Ha venío otra vez la sombra!

MAT. ¡Bah! ¿Ya tenemos la historia de siempre? A los hombres hay que temer; y de esos nos libraremos muy pronto, por lo menos de los de esta maldita tierra. ¿No es verdad, Bruno?

BRUNO Si antes no nos dan que sentir.

MAR. Ha venío la sombra, Bruno; ha venío la sombra. Ha entrao muy callá, muy blanca y ha pasao junto á la madre Salomé. Llevaba una cruz en la mano, la que trajo Felipe puesta en el pecho, cuando estuvo aquí la última vez; y sus cintas estaban empapás en su sangre, que goteaba y goteaba, como si fuese vertiendo una á una lágrimas encendías...

MAT. No me recuerdes al pobre Felipe. Ha muerto fusilao sin que lo hayamos podido evitar. Descuida, Maruja: ya le vengaremos.

MAR. ¡Esa sombra! Paecía que venía buscando al asesino y á señalarle con la mano crispá, mientras afuera se escuchaba el aullío del lobo y la nieve seguía cayendo... cayendo... (Quedando como abstraída.)

BRUNO Y eso, ¿cuándo ha pasao?

MAR. Esta noche mesma; y mientras usté (A Matías.) se adormilaba junto á esa mesa y volvía la espalda á la puerta, ha venío la sombra, como si buscase al matador de Felipe, y luego con la mano extendía, para acusar, ha señalao...

MAT. ¿A quién?

MAR. Señor Matías: ¡le ha señalao á usté!

MAT. (Sorprendido.) ¿A mí? (Reponiéndose.) Estás hoy más loca que nunca y ya es bastante. (Deja la escopeta junto á la pared. Bruno la carga.)

MAR. Luego la madre Salomé ha vertío la sal y los perros de la casilla de Ramón han estao mucho tiempo aullando, porque han visto también pasar sobre la nieve á la sombra.

BRUNO (Impaciente.) Bueno. ¡largo de aquí!

MAT. Espera Llévate adentro esa correa. (Va á entregarla una pequeña correa que había sacado del bolsillo.)

MAR. (Va á extender la mano y de pronto, viendo la de Matías, retrocede asustada.) ¡Jesús!

MAT. ¿Qué te pasa?

MAR. ¡Tié usté una mancha muy grande en las manos! (Retrocediendo.) ¡Y tú también, Bruno... tú también las tienes manchás .. y en ellas veo ¡Dios me salve! veo en ellas la cruz de Felipe!

BRUNO ¿Eh?

MAT. ¿Qué dice? (Se miran espantados las manos.)

MAR. Sí: mírala: ¡tié color rojizo... igual que la que llevaba la sombra! (Presa de la mayor agitación.)

MAT. (Que habrá quedado un momento aturdido) Me había asustao... (A Maruja.) Vete; vete, si no quieres que te eche á patadas.

BRUNO ¡Vé á tu escondrijo, perra!

MAR. (Señala á la puerta del foro con ademán solemne y cerca ya de la puerta de la derecha, mueve la cabeza haciendo signos afirmativos.) ¡Va á venir!... ¡Va á venir!... (Vase por la derecha.)

ESCENA II

MATÍAS y BRUNO

BRUNO ¡Condená! ¿Pues no dice que hemos matao á Felipe?

MAT. Bien sabes tú que hemos hecho cuanto pué hacer los nacíos para conseguir el indulto. ¡Luego dicen que matan los hombres! Los

mismos que nos debieran dar ejemplo afusilan... Y, ¿por qué? Por una herida cualquiera á un superior, por una cosa que, si Felipe no hubiera sío militar, no hubiera tenío importancia ninguna.

BRUNO Los hombres se matarán siempre. Lo de Felipe no tié remedio; pero lo nuestro, sí. Es menester que nos vayamos de aquí cuanto antes, que vaya usté á buscar la cartera y que mañana mesmo pongamos de por medio toa la tierra y si hace falta to el agua posible.

MAT. Sí: corre prisa. Y, además, te confieso que no es sola Maruja la que cree ver sombras y apariciones. Yo mesmo no he podío dormir anoche, y el ruido más pequeño ha podío sobresaltarme, como si fuera á venir á buscarme la muerte en este escondrijo.

BRUNO ¡Bah! Hay que tener redaños, padre. Ya es poco lo que falta para salir con bien del apuro.

MAT. Luego en toas partes me parece que voy á encontrarme á la Guardia civil. No quisiera verter más sangre. (Con disgusto.) Me repugna; me parece, como á Maruja, que tengo las manos toavía manchás.

BRUNO Hay que ser hombre, es decir, ser fiera. Con tal que tó el trabajo no haya sido esta vez inútil...

MAT. No lo espero. La cartera abulta y contiene de fijo papeles de interés. (Suenan dos golpes discretos en la puerta.) ¿Han llamao? Vé á mirar quién es. (Bruno va á mirar por la cerradura.)

BRUNO Es Juan. ¡Vaya un bicho de mal agüero! ¿Qué querrá por aquí á estas horas estando los caminos cubiertos de nieve?

MAT. El nos lo dirá. Vé adentro, que yo sabré despacharlo pronto.

BRUNO Mucho cuidao, que es hombre vivo. (Vase por la derecha.)

MAT. (Abriendo la puerta.) Adelante.

ESCENA III

MATÍAS y JUAN, por la izquierda

JUAN Buenas noches y perdón si es que estorbo.

MAT. ¿Estorbar? ¿Por qué? Los hombres como tú son siempre en mi casa bien venidos.

JUAN ¡Vaya un tiempo de nieve! Puedes agradecerme que venga, porque andar tres kilómetros á estas horas y conforme están los caminos no se hace sino por los amigos de verdad. (Se sienta en un taburete junto á la mesa.)

MAT. (Que habrá sacado de la alacena jarro y dos vasos.) Te lo estimo; bebe y entra en calor.

JUAN He sabido lo de Felipe; ha sido una desgracia.

MAT. ¡Y tan grande!

JUAN Pero conforme están los tiempos, no sabe uno si es un bien el morir. (Bebe.) ¡A su descanso!

MAT. Pues mira: (Se sienta frente á Juan) yo creía que era muy hombre; pero ahora que me han matao al chico es cuando veo que no sirvo pa ná. Paece que me han echao encima una losa de plomo; hace veinticuatro horas que ni como ni duermo. ¿No has tenío hijos, Juan?

JUAN No, por mi suerte.

MAT. No sabes entonces lo que se les quiere. Cuando se muere un hijo, por muy malo y muy criminal que uno sea, alza la cabeza pa mirar arriba por encima de las montañas y de las nubes y se asusta uno al ver lo grande que es tó aquello; y luego, cuando se queda uno solo, se llora de verdá; y en el silencio de la noche se oye en el corazón un golpe muy acompasao y muy medroso, como el toque lejano y lastimero de una campana grande.

JUAN Sí que debe ser cosa dura.

MAT. Además, Felipe era el mejor de tós. Si él hubiera vivido, hubiera hecho de tós nos-

otros unos hombres de bien; mientras que así, ¿quién sabe á dónde iremos á parar?

JUAN Bebe; bebe y olvida lo que ya no tiene remedio.

MAT. No: no quiero beber. Paece que tengo fuego en las venas.

JUAN Bueno, Matías. Pasando á otra cosa: ya comprenderás que yo no he venío esta noche sin un motivo de esos que no se púen desatender.

MAT. Tú dirás.

JUAN Ya sabes quien soy y como las gasto. La necesidá y un poco de vicio, ¿por qué no decirlo francamente cuando el vicio sólo lo puen tener los hombres que saben apreciarlo? me han llevao en más de una ocasión á hacer algunas locuras de esas que la justicia siempre castiga, tal vez porque los hombres que hacen las leyes tienen el estómago más caliente que la cabeza y no pasan hambre en estos pedregales.

MAT. Eso, allá con tu concencia, Juan.

JUAN Pero en estos picachos malditos, está tó muy malo. Hay que jugarse á cada minuto el pellejo, y luego ¿pa qué? Pa no salir de comer maíz y tener que tumbarse á la noche en un tablao de mala muerte.

MAT. No sé á dónde vas á parar.

JUAN Pues bien: habiendo aquí tan poco que hacer, sería una lástima que otro viniera á meterse en el terreno de uno y á quitarle el pan que se lleva á la boca.

MAT. No te entiendo.

JUAN Ahora me entenderás. El día antes de saberse la muerte de Felipe, se ha dao, no muy lejos de aquí, un golpe muy grande.

MAT. (Fingiendo sorpresa.) ¿Qué me dices?

JUAN Bueno: pues ese golpe le has dao tú.

MAT. ¿Quién te ha metío tal disparate en la cabeza?

JUAN Yo que sé bien quien eres y quien es el niño que tienes en casa. Hablemos claro y sin rodeos, Matías; necesito que me des parte en el negocio.

MAT. No sé de qué negocio hablas.

JUAN Quiere decirse entonces que tendremos que ser enemigos. Yo lo siento; pero tú lo quieres y no hay más remedio que darte gusto.

MAT. (Que ha quedado un momento pensativo.) Oye, Juan, y que no se te olvide: hay días, meses y años en que uno está dispuesto á ceder en tó. Los predios han dao yo lo suyo; las paneras están repletas, los hijos tien trabajo y la mujer está sana y buena y canta como las ollas el Ave María. Tó paece que convida á la tranquilidá y cuesta trabajo el reñir por una futesa. Pero hay momentos en que se nos viene encima el cielo y la tierra, en que hay que jugarse la vida y la fortuna á una carta, y en esos momentos (Levantándose; Juan hace lo mismo.) cuando se presenta un fulano con amenazas, se le dice con mucho cuajo:—Amigo mío: toma la puerta y no vuelvas á parecer por aquí, si no quieres que lo que deben los demás lo pagues tu solo.

JUAN Se conoce que has olvidao quien soy yo.

MAT. No: no lo he olvidao; sé que eres Juan el Zurdo, licenciao de presidio é hijo de un miserable ladrón.

JUAN ¡Canalla! ¡Ahora verás! (Saca un cuchillo para acometer á Matías. Este retrocede, coge la escopeta y le apunta.)

MAT. ¡Alto, ó te echo á volar los sesos!

ESCENA IV

DICHOS, MARUJA, luego BRUNO por la derecha

MAR. (Que habrá salido al pronunciar Juan sus últimas palabras, interponiéndose entre Juan y Matías con los brazos abiertos.) ¡Quietos!... ¡Por la puerta pasan hombres armaos!

MAT. (Bajando la escopeta.) ¿Qué dices?

MAR. ¿No los oís? Van buscando al mataor de Felipe...

BRUNO (Por la derecha.) Padre: ¿qué es lo que pasa aquí?

JUAN (Envainando el cuchillo.) No pasa nada. Ha sido un altercao de amigos. (Bajo á Maruja.) ¿Hacia dónde van esos hombres?

MAR. Hacia la peña de Ameyugo.

JUAN Hasta otra, buena gente. Espero que volveremos á vernos.

MAT. Cuando quieras. (Vase por la izquierda.)

(Maruja se acerca á la ventana y mira con atención.)

BRUNO Ese nos dará que sentir. Padre: hay que decidirse y no esperar aquí á que amanezca.

MAT. Ya lo oyes: se busca y es menester que no se encuentre. El Zurdo no es hombre que deje sin cumplir sus amenazas. Es necesario que salga yo ahora mismo y evite encontrarme con unos ó con otros. Trae acá el capotón.

(Bruno descuelga un capote de monte y ayuda á ponérselo á Matías.)

MAT. ¿Qué hace tu madre? ¿Duerme?

BRUNO No: vela y llora.

MAT. Volveré antes de diez minutos. Acerca la escopeta.

BRUNO (Entregándosela.) ¿Y si el Zurdo le saliera á usté al paso?

MAT. Entonces... peor para él. (Vase por la izquierda.)

ESCENA V

MARUJA y BRUNO

BRUNO (Que habrá ido á sentarse en un taburete.) Oye, Maruja.

MAR. (Acercándose recelosa.) ¿Qué quieres?

BRUNO No tengas miedo. ¿Por qué te acercas á mí temblando siempre?

MAR. Porque siempre me has maltratao, Bruno.

BRUNO No digo que no. Y cuando te encontré á los doce años en la carretera, abandoná de tós, muerta de hambre y de frío, temblando

como una mariposa clavá, ¿quién te trajo á esta casa?

MAR. Es verdá: tú fuiste. Pero luego querías echarme, y Felipe fué quien hizo que me quedara y luego la madre Salomé.

BRUNO Y si yo no te hubiera encontrao, te hubieras muerto por los caminos como un lobo. (Maruja calla y baja la cabeza.—Pausa.) Y, ¿cómo te las has arreglao pa perder la memoria, pa no acordarte de dónde venías ni quién eras? ¿Cómo se explica eso? El día antes de encontrarte pasaron por aquí unos gitanos. ¿Ibas con ellos? (Colérico ante el silencio de Maruja.) ¡Vamos: contesta de una vez!

MAR. (Medio llorosa.) No me acuerdo, Bruno.

BRUNO ¡No te acuerdas! Y no hay quien te saque de ahí. ¿Y cómo te acuerdas de toas esas brujerías, de echar las cartas y adivinar el sino? El año pasao nos anunciaste que iban á enfermar los corderos y así sucedió. ¿Cómo te las compusiste para acertar?

MAR. Porque salió en las cartas.

BRUNO ¡Pst: las cartas! Alguna sospecha tendrías.

MAR. Y no hacían los corderillos sino ventear el camino de madrugá.

BRUNO Y ahora, hace un mes, nos has anunciao que iba á morir Felipe.

MAR. Lo vi en un vaso de agua, en los redondeles que hacían las piedras del río al caer en él. Y además...

BRUNO Y además, ¿qué?

MAR. (Bajando la cabeza.) Me lo decía el corazón.

BRUNO ¿Te lo decía? ¿Estabas enamorá de él por si acaso? (Maruja calla.) ¡Habla! (Colérico.)

MAR. (Después de vacilar un instante.) ¡Sí!

BRUNO ¡Anda de ahí, más que necia, andrajosa! ¡Pa ti iba á estar Felipe! (Maruja suspira.) Y tú, que tó lo adivinas, ¿no sabías que él no podía quererte?

MAR. Nadie lo sabe. Era mejor que tú.

BRUNO Pues te has quedao con las ilusiones, necia. Ya no le vuelves á ver más. (Maruja dice que sí con la cabeza.) ¿Que le vas á ver? ¿Dónde? (Maruja alza la mano lentamente y señala al cielo.)

Bueno. (Levantándose.) Si tan largo lo fías... ¡Ah! ¿Dices que sabes lo que va á suceder echando piedras en el agua?

MAR. Todo no.

BRUNO Pues ¡ea! trae un vaso, que quiero que adivines mi sino.

MAR. No quiero, no. ¡Tíes manchás las manos!

BRUNO (Indignado.) Pero, ven aquí. (La coge de la mano. Maruja hace esfuerzos para desasirse,) ¿No sabes que ha muerto fusilao Felipe? ¿He sío yo quien le ha formao causa? ¿Le he metío en capilla? (Maruja asustada baja la cabeza.) Entonces, (Rechazándola.) ¿de qué me vies á acusar á mí? (Tranquillzándose.) Anda: trae ese vaso de agua, que quiero saber toas las locuras de que eres capaz.

MAR. (Va á la alacena, saca vaso y jarro, llena aquel de agua y le coloca sobre la mesa.) Tú lo quieres. No te arrepientas luego.

BRUNO (Con curiosidad.) ¿Y ahí es donde vas á averiguar mi sino?

MAR. (Sacando del bolsillo unos diminutos guijarros.) Aquí tengo las piedrecitas. (Ambos miran el vaso con atención.) En el nombre del Padre que creó las aguas (Santiguándose.) y del Hijo que hizo hablar á las piedras y del Espíritu que todo lo ve...

BRUNO Déjate de rezos y dime pronto lo que sea

MAR. Conjúrote, alma de las cosas, (Con seriedad solemne.) espíritu de lo que ha de venir, sombra que caminas por las ondas del río y suspiras en los pedregales ..

BRUNO (Impaciente.) ¿Acabas ó no?

MAR. (Dándote una piedra.) Toma: echa esta piedrecita en el vaso. (Bruno obedece; ambos se inclinan para mirar.) Uno... dos... tres... redondos... ahora se aclara... Sí; ya lo veo...

BRUNO ¿Qué es lo que ves?

MAR. Veo oro... mucho oro .. Bruno: ¡vas á ser rico!

BRUNO ¡Rico! ¡Lo suponía! Veo que no eres torpe. Sigue, sigue...

MAR. Echa otra piedra. (Se la da.) ¿A ver? (Vuelven ambos á inclinarse sobre el vaso.) El agua se enturbia... ¡Has cometío una mala acción!

BRUNO (Molesto.) Yo no te pregunto por lo pasao, sino por lo porvenir. Dame. Allá va la última. (Echa la piedrecilla en el agua.)

MAR. ¡Que obscuro! Paece que en el agua han soplao tos los huracanes de la sierra. ¡Jesús! ¿Qué es lo que veo?

BRUNO ¿Qué ves? (Con susto y ansiedad.) ¡Dilo pronto!

MAR. Veo... Veo á unos hombres que se echan sobre ti y te sujetan y te arrastran...

BRUNO ¡Maldita! ¿Qué dices?

MAR. Sí: te llevan... Y ahora, to lo veo muy rojo. Paece que el agua se vuelve de color de sangre. ¡Bruno: vas á morir!

BRUNO ¡Mientes! (Coge el vaso y tira de golpe al suelo ó á un lado del hogar el agua y las piedras.) Y, si no fuera por no perderme...

MAR. (Que se habrá sobrecogido, haciendo un esfuerzo por reponerse.) Calla, que viene la madre Salomé.

ESCENA VI

DICHOS. SALOMÉ, por la derecha

SAL. ¡Qué noche tan larga! ¿No ha vuelto todavía tu padre?

BRUNO ¿Aun no salió y quiere usté ya que esté de vuelta?

SAL. Echa un tronco al fuego, hija mía. Parece que me rodea un cinturón de hielo. (Maruja aviva la lumbre y echa en ella unos troncos.) ¿Hicis-te ya, Bruno, los manojos de esparto?

BRUNO ¿Agora mesmo los he de terminar? (Refunfuñando. Va á un rincón, coge esparto y cuerda, se sienta en el suelo y comienza á atar los manojos.)

SAL. A estas horas ha un año estaba sentado aquí mismo Felipe (Se lleva un pañuelo á los ojos.)

MAR. Ya arde la retama. ¡Qué llama tan triste! (Se levanta y va hacia la ventana.) Otra vez cae la nieve, como si el viento desflorara un bosque de almendros.

SAL. ¡Nieva sobre él! (Llora.)

BRUNO (A Maruja.) ¿Qué haces aquí? Vé á preparar la cama á padre. (Malhumorado.)

MAR. ¡Blanco; todo blanco!... (Vase por la derecha.)

ESCENA VII

SALOMÉ y BRUNO

SAL. (Llorando.) ¡Hijo de mi alma! ¡Alumbrarle fué malaventura; acogerle en mis haldas no fué sino pena y congoja!

BRUNO ¡Ea, madre: esto se acabó! Diez horas lleva lagrimoteando. Si no calla, al monte me voy, mas que el lobo me mate.

SAL. ¡Que no llore y aún no hace dos días que ha sido fusilao tu hermano! ¡Felipe míol ¡Consuelo á quien ya nunca veré!

BRUNO Morir hemos tos y, por eso, ni el sol se nubla ni la tierra se para.

SAL. ¡Calla, descastao! ¡Mal jugo de mis pechos te dí; en mal hora engendrao fuiste!

BRUNO (Refunfuñando.) Bueno, bueno... Pegó cara á cara á un sargento y es malo herir así de frente... (Con sonrisa siniestra.) Si hubiera sido á solas y en la oscuriá...

SAL. Tú eres malo, Bruno; saliste al padre que te engendró

BRUNO Luego tanta promesa de indulto... Que ya esta firmao; que va á llegar... Y por fin, no llegó.

SAL. ¿Y por qué, Virgen mía, por qué? (Solloza, apoyando la cara en las manos.)

BRUNO ¿Que por qué? Porque somos pobres. Los pobres somos fieras malditas. Pero á mí no me matarán, porque no iré soldao; porque emigraré á América y me iré con mucho dinero.

SAL. ¿Dinero tú? ¿De dónde?

BRUNO Eso yo me lo sé y lo callo, que suelen oir las paredes. Pero alégrese usté, buena vieja, porque padre y yo sabemos lo que hacemos y ello de nuestra cuenta corre.

SAL. ¿Seréis capaces de robar? (Asustada.)

BRUNO Somos... más bravos que Felipe. Pues ¿qué? ¿Todo iba á ser arrastrar esta vida perra? ¡Que no! (Se levanta.) Padre y yo nos hemos cansao de deshilar esparto, de cortar leña, de servir de espoliques, echando por esos caminos los bofes. Si nos han de matar, que sea con la escopeta en la mano.

SAL. ¡Calla! Tentaos estáis de Satanás. Alguna otra desgracia nos ocurrirá, de seguro.

BRUNO Desgracia... ¿Hay alguna mayor que no tener pan? Yo tengo hambre, madre, y no puedo calmarla. Tengo sed; sed ardiente de buenas bebidas, de vinos que huelen á flores y frutos, y no puedo apagarla. Yo quiero ser rico y lo seré.

SAL. Rico... Pobre serás si ambición tienes; rico si te conformas con tu miseria.

BRUNO ¡Ta, ta, ta! No hay más que una ley, una justicia, una felicidá... ¡el dinero!

(Suenan dos ligeros golpes en la puerta.)

SAL. ¡Chist... silencio! (Alto.) Adelante quien llama.

ESCENA VIII

DICHOS y TÍO RAMÓN, de peón caminero

RAM. Dios guarde á la madre Salomé y á la compañía.

SAL. (Bajando del escaño y rompiendo de nuevo á llorar.) ¡Ay, Ramón: muerto es el hijo de mis entrañas; ya más no le veré!

RAM. Desahóguese y llore; pero no olvide que el mal es grande y tarde se acaba. Hay que tener bríos pa soportar el que aún pué venir.

SAL. ¿Qué mayor desgracia ha de ser que esta cruel que agora me mata?

RAM. Yo me entiendo .. (A Bruno.) Acércame el jarro, que yerto vengo y he de caminar buen rato entre nieve.

BRUNO (Va á la alacena y vuelve con un jarro.) Ahí va y sírvale de salud.

RAM. (A Salomé.) ¿No está el señor Matías? (Bebe y devuelve el jarro á Bruno.)

SAL. Salió á buscar caza y á hacer un poco de leña para el mercao de la villa, que bien habemos menester de la misericordia de Dios y de las gentes.

RAM. Las gentes... A las gentes hay que temer. Yo siempre he tenido aquí un sorbo de vino y un arrimo á la lumbre y, de buena gana, daría al señor Matías y á este rapaz un prudente consejo.

BRUNO (Malhumorado.) ¿Cuál?

RAM. Que os marcháseis cuanto antes de este país.

SAL. Irnos de aquí... ¿Y á dónde? ¿Y por qué?

RAM. Madre Salomé: usté es lo que se llama una buena alma; pero también por buenas las almas se pierden, cuando no tienen luz que las guíe. Y á mí se me figura que algunas veces está usté ciega.

SAL. Ciega estoy de dolor; luz me falta, que un hijo perdí. ¡Ojalá que cegaran para siempre mis ojos! (Llora.)

BRUNO Señor Ramón: se hace tarde y si ha de llegar usté con tiempo á la aldea...

RAM. ¿Temes que hable? Pues tengo que hablar; porque no es justo que pierdas á tu madre, si ya no la has perdido.

BRUNO Que la pierda ó no, á usté nada le importa. (Hostil.)

RAM. Oiga usté, madre Salomé: hace ocho días, interrumpieron las nieves el paso por la vía férrea; se troncharon los postes del telégrafo; dos máquinas quedaron empotradas en el camino y, no pudiendo pasar el correo, se decidió que un hombre á caballo se encargase de conducir la valija.

BRUNO Bueno; eso nada le importa á madre. (Sobresaltado.)

SAL. Deja que hable el señor Ramón.

RAM. Salió, como digo, por el camino de Somalo el jinete con una sola cartera; en ella iban

los certificados y también los pliegos que tienen dinero. Pues bien: ni de la cartera, ni del conductor se ha vuelto á saber.

SAL. ¡Santa Madre de Dios! ¿Es qué se sospecha de mi marido?

RAM. Posible es que todavía no, porque el camino de Somalo está lejos; pero son ya muchas las gentes que dicen por estos contornos que sólo hay dos personas capaces de aventurarse por el monte en noche de ventisca y de atreverse á dar ese golpe.

BRUNO ¿Y esas son?

RAM. Tu padre y tú.

BRUNO ¡Miente quien eso dice! (Entre turbado y colérico.)

SAL. ¿Mi marido? ¡Imposible! ¿Cómo ha de haber sido capaz...?

BRUNO (Amenazador.) De eso que usté dice ya estamos enteraos. ¿Le ocurre á usté alguna cosa más?

RAM. No; porque yo no quiero tener enemigos de tu calaña. He pretendido dar un consejo amistoso. ¿Se sigue? Muy bien. ¿Se enfada la gente? Me marcho y Jesucristo con todos.

SAL. No, señor Ramón, no; aquí nadie puede ser su enemigo. Pero por donde piensa, no hemos temor. ¡Otra pena nos mata!

RAM. Adiós, pues. Salud y consuelo. (Al salir, á Bruno.) Y tú ten cuidao, que suelen las carteras tener correas y sogas las sacas y pudieras enredarte en ellas el pescuezo. (Bruno calla y cierra la puerta tras Ramón. Luego vuelve al suelo á atar espartos. Su madre le mira fijamente.)

ESCENA IX

SALOMÉ, BRUNO

SAL. Bruno: dame el corazón que habéis hecho maldá. ¡Malditos seais, si la habéis hecho!

BRUNO Maldá... ¿qué es maldá? ¿Fué bueno ó malo no dejarse poner la mano en la cara? Pues por eso murió Felipe.

SAL. Por honra fué, que no por vituperio. Murió por valiente y buen hijo; pero no por ladrón. (Vuelve al escaño.)

BRUNO ¡Ah, si hubiera robao! Viviera cual poderoso y muriera como bendito y los hombres dijeran «bueno fué». No hay absolución para la miseria. Diera la nieve en el monte plata y tuviera perdón y aun reverencia el lobo.

SAL. Tener debiérais compasión de mis penas y mis achaques.

BRUNO Si tuviera usté, madre, dinero, los achaques se aliviarían y las penas serían respetás. Agora, escondía en este casón, cuando pasen los caminantes, si por ventura oyeren sus quejíos, dirían: «Atendéi como llora la bruja». Y, al marcharse, harían la señal de la cruz.

(Se oye un silbido fuera, entrecortado, opaco, como el canto de un ave nocturna.)

SAL. ¿Has oído?

BRUNO Es padre el que llega. Ese no llora; pero se venga.

SAL. La venganza... ¿para qué sirve? Si pudiera resucitar...

ESCENA X

DICHOS, MATÍAS, que trae una gran cartera ó saca en la mano, entra presa de gran agitación y cierra tras sí la puerta con un grueso barrote

MAT. ¿Han venido? (Con sobresalto.)

SAL. ¿Quiénes?

MAT. Es preciso partir á la madrugá. Los he visto, con sus puntiagudos tricornios. La nieve, amontoná sobre las capas, que escondían las abultás mochilas, les hacían parecer fantasmas contrahechos, cargaos de plata sin bruñir.

BRUNO Serénese, padre; toavía no nos persiguen.

MAT. Mañana nos perseguirán. Ha llegao la hora de registrar nuestro tesoro y de huir. Desata estas correas. (Colocando sobre la mesa la cartera.)

SAL. (Que había abandonado llena de estupor el escaño.) ¡Madre de los Desamparaos! ¿Luego era verdá?

MAT. Oye, mira y calla. Si das un grito, si refunfuñas, te abandonamos á tu suerte; te dejamos aquí, para que pagues tu torpeza por tós. (Desata la cartera, que al abrirse deja caer al suelo un montón de papeles lacrados.)

ESCENA ULTIMA

DICHOS, MARUJA

MAR. Nieva con furia, el viento paece que se queja. ¡La desgracia viene, madre Salomé!

BRUNO (A Matías.) Salgamos de dudas cuanto antes.

MAT. (Rompiendo el primer sobre.) ¿Qué hay aquí? Nada: es un retrato. El retrato esperao por una mujer. (Lo arroja al suelo: Maruja le recoge y lo mira con curiosidad. Lo mismo hará con los demás papeles que Matías vaya arrojando.)

SAL. (Otra vez en el escaño y rezando temblorosa.) Padre nuestro que estás en los cielos. .

BRUNO Este sobre abulta... Tenga usted, padre. (Cogiendo un sobre del suelo y entregándoselo.)

MAT. (Abriéndolo.) ¿A ver?... ¡Nos hemos salvao! ¡Es dinero! (Maruja se acerca á la mesa y recoge del suelo algunos papeles que ira examinando y deletreando para sí.)

SAL. (En voz baja en el escaño.) Dios te salve, María...

BRUNO (Con codicia.) ¡Dinero...! ¿Cuánto?

MAT. (Ebrio de ambición.) Uno, dos, diez billetes... (Leyendo.) ¡Mil reales! ¡Diez mil reales! ¡Nos hemos salvao!

SAL. ¿No habéis oído un lejano rumor?

MAR. Es el viento que aulla.

SAL. No. ¡Es la sombra de mi hijo que llora!

MAT. Venga otro sobre. (Le abre nerviosamente.) ¿Qué es esto? Un sello... tres firmas... No hay dinero. ¡A la hoguera!

MAR. (Recogiendo el pliego y deletreando.) Ex-ce-len-tí-si-mo Se-ñor. El Ca-pi-tán ge-ne-ral me dice lo si-guien-te. Ex-ce-len-tí-si-mo Se-ñor...

BRUNO (A Matías y sin hacer caso de Maruja.) ¡Adelante, que se echa encima el alba! (Siguen ambos abriendo sobres.)

MAT. ¡Más dinero!

BRUNO (Codicioso.) ¿Cuánto?

MAR. La rei-na se ha ser-vi-do con-ce-der in-dul-to de la pe-na de muer-te al sol-da-do..

MAT. (Que habrá ído fijándose poco á poco en las palabras de Maruja y sobresaltado.) ¡Ira de Dios! ¿Qué dices? ¡Indulto! ¿Dónde dice eso? (Le coge el papel de la mano. Todos menos Bruno, que sigue contando billetes, se acercan.) Indulto al soldado... ¡Felipe Tarrera!

SAL. (Gritando.) ¡Asesinos! ¡Por vosotros no ha llegao el indulto!

MAT. } (Balbucientes.) ¿Eh? ¡Qué dice!
BRUNO }

MAR. Dice que habís robao el indulto de Felipe. ¿Cómo iba á llegar?

SAL. (Sollozando.) ¡Hijo! ¡Hijo mío! (Cae desvanecida en el escaño. Maruja se lanza á socorrerla. Matías y Bruno se miran con estupor. En la puerta suena ruido de culatazos.)

MAT. ¡A mi hijo!... ¡Yo he matao á mi hijo!

BRUNO ¡Maldita la hora en que nací!

(Se abre la puerta de golpe y aparecen en el fondo el Zurdo y dos guardias civiles.)

MAR. (Como medio idiotizada.) ¡Felipe... ¡Felipe!

TELÓN RAPIDO

JUICIOS DE LA PRENSA

El Liberal.

La pasmosa é inteligente actividad de Ramos Carrión logra vencer, al fin, todas las dificultades que se le presentan para llevar adelante su noble empeño de colocar nuevamente la escena del Español al alto nivel que le corresponde.

La escasez de medios artísticos que desde los comienzos de la temporada le ha abrumado, no ha sido obstáculo para que consiguiera en buena parte algo de sus laudables propósitos. Ha montado excelentes obras de lo más florido del repertorio antiguo y moderno, y con sus felices iniciativas le ha sido dado reanimar en lo posible la vida de nuestro glorioso teatro municipal.

Poco tiempo hace que llegó á sus manos una obra, debida á la pluma de un ilustre literato, á quien han proporcionado justa fama sus crónicas periódisticas, sus libros de arte y de filosofía y la prolongada serie de sus novelas y de sus cuentos.

Respetuoso y esperanzado Ramos Carrión con el prestigioso nombre de quien le ofrecía una de las creaciones de su ingenio privilegiado, leyóla presuroso y no tardó en descubrir en ella notables cualidades de originalidad, de sentimiento artístico y de conocimiento indiscutible de la escena.

Titúlase la obra *Misterio*, y es su autor el esclarecido cronista de *El Liberal* Antonio Zozaya, cuya alta mentalidad es tan notoria no sólo para los que figuran en el mundo de las letras, sino también para la masa general del público.

Zozaya llama tríptico á su *Misterio*. y, en consecuencia, lo ha dividido en tres partes, en cada una de las cuales se desarrolla un asunto distinto, sin que exista entre ellas ningún vínculo que las sujete y unifique por medio de una acción común.

Y así nos lo hizo saber el autor en un bello preámbulo que á telón corrido leyó Ricardo Calvo.

Aunque las tres obras sean diferentes en cuanto á su pen-

samiento y forma, hay una idea general que las ata y que que puede encuadrarlas juntas en un sólo marco. Esta idea es el misterio, ese no sé qué ajeno á nuestra voluntad, que parece guiar nuestros actos y que se interpone en nuestro camino fatídicamente, destruyendo nuestros propósitos para arrastrarnos á situaciones impensadas, á las que nunca creímos llegar.

Y el autor ha estudiado para el desarrollo de su idea el candor supersticioso de los campesinos, de los hombres que viven más en contacto con la Naturaleza; ha ido á buscar el misterio en las montañas y en los valles, donde las almas sencillas viven aún en la leyenda y en las creencias de lo misterioso.

El primer acto, ó sea la primera parte del tríptico, lleva por título *Los relicarios,* y su acción se desarrolla en las montañas santanderinas.

Es un cuadro sombrío, de alta intensidad dramática, en el cual el interés se apodera desde el primer momento del ánimo del espectador, sin que decaiga jamás ni en un solo punto.

El público se percató bien pronto de que estaba presenciando la obra de un verdadero dramaturgo.

La acción es intensa y el sentimiento artístico, hondo, sugestivo, y, sobre todo, sumamente teatral.

La ovación que se tributó á nuestro compañero fué indescriptible.

Zozaya tuvo que presentarse cinco ó seis veces en escena al final del acto.

La segunda de las obras, *La vaca muerta,* ofrece un ambiente menos dramático; pero es, asimismo, en extremo interesante y hermosa.

No son las situaciones tan altamente escénicas como las de *Los relicarios;* pero el cuadro se desenvuelve en un medio altamente poético y está dialogado en un estilo primoroso, abundante en imágenes y pensamientos bellísimos.

Quizás el símbolo que encierra sea demasiado rebuscado; pero, sea como sea, con símbolo ó sin él, *La vaca muerta* ofrece un conjunto dramático de muchísimo interés, y sobre todo, muy nuevo y muy original en nuestra escena.

El precioso acto fué también ruidosamente aplaudido y su autor llamado repetidas veces al palco escénico.

Lo que lleva el correo se titula el acto tercero. Aquí la acción es francamente trágica, el ambiente tenebroso y el asunto que lo informa en extremo horripilante y conmovedor.

Las dotes de dramaturgo que avaloran el talento de Zozaya resplandecen aún con mayor pujanza en esta última parte del tríptico que en las precedentes.

La personalidad teatral de nuestro compañero ha quedado completa y gloriosamente determinada.

Sentimos no disponer del tiempo suficiente, á causa de la hora avanzada á que terminó el espectáculo, para dedicar á los intérpretes del tríptico los elogios que pudieran merecer.

Baste decir que todos ellos contribuyeron, en la medida de sus plausibles deseos, al buen éxito de la representación y que desempeñaron muy discretamente los papeles que les estaban encomendados.—J. ARIMÓN.

***

Correspondencia de España.

Antonio Zozaya, el escritor culto é inteligente, el compañero queridísimo, está de enhorabuena. Ha probado fortuna en el teatro, ha demostrado conocer el mecanismo escénico —bien lo confirman los prolongados aplausos del público—y claro es que, con eso y su gran talento, es seguro que en el arte dramático le esperaban triunfos muy brillantes.

Hombre modesto como pocos, pronto se advierte que ha tratado, ante todo, de ensayarse en este nuevo oficio de autor de comedias, en el cual acaba de ingresar con tan buena suerte. Ha sondeado hasta qué punto es ya capaz de interesar al público, sorprenderle y conmoverle. La prueba debe de haberle dejado satisfecho. Ha interesado, ha sorprendido, ha conmovido. Pero, aun dentro de esta modestia de su intento, Zozaya no podía dejar de ser quien es, un escritor moderno y bien orientado, un poeta enamorado de lo misterioso, un espíritu de su tiempo, tan propicio á ahondar en las regiones más inexploradas de la conciencia y de la vida. A esta inclinación personal ha respondido el tríptico *Misterio*, que le ha abierto con tanto lucimiento las puertas de la dramaturgia.

El propio Zozaya, en un prólogo bellísimo, que hace honor á su firma, nos explicó anoche de antemano cuál era la obra que sometía á nuestro juicio. No me refiero al de los cronistas dramáticos particularmente, sino al de los espectadores en general.

No dió el mismo Zozaya lectura de su prólogo, sino encomendó este trabajo al simpático Ricardo Calvo, y fué decisión muy oportuna, pues el joven actor lo leyó, por cierto, magistralmente.

El nuevo dramaturgo ha querido descifrar la sensación del misterio en las almas primitivas de los campesinos, y queriendo que su producción fuera netamente española, tuvo el acierto de localizarla en el Norte de España. Uno de los tres dramitas se desarrolla en Santander, el otro en Asturias y el último en Burgos. Los tres se inspiran en este mismo asunto: el hogar deshecho. La sensación del misterio cristaliza en formas diferentes en *Los relicarios* (drama santanderino), *La*

vaca muerta (asturiano) y *Lo que lleva el correo* (burgalés). En una parte los campesinos rezan, en otra cantan y en otra empuñan las armas. *Los relicarios* lleva anejo un drama de conciencia, *La vaca muerta* es una creación poemática y *Lo que lleva el correo* es franco melodrama; el autor lo advierte para que nadie se llame á engaño.

Al levantarse el telón teníamos ya estos antecedentes, que juzgó necesarios para nuestra más fácil comprensión del tríptico.

De las tres partes, la más aplaudida por el público ha sido la tercera. Para mi gusto, la primera es, sin embargo, muy superior á las otras dos. Me fundo para creerlo así, en la esencia misma del dramita *Los relicarios*. Pese á sus apariencias melodramáticas, en el fondo es obra impregnada de un laudable sentido moderno. Las figuras, los fuegos fatuos del diálogo, las situaciones de efecto, hábilmente dispuestas, son lo accidental. El interés está en el drama íntimo que bajo un ambiente de superstición y de espanto palpita.

Pedro Jorge Montiel reaparece en la casa cuando nadie le espera. Los rústicos, aterrorizados por la tempestad y por la inundación, atribuyen el daño á causas recónditas, á seres misteriosos. Cuando entra Pedro Montiel, le toman por un fantasma y le hacen conjuros. Su figura es, en verdad, espantosa. La voz y las barbas larguísimas del Sr. Ruiz Tatay contribuyen á acrecentar el susto. Montiel, á quien creyeron muerto á consecuencia de una catástrofe, ha estado lejos veintiseis años, diez de ellos encerrado en un Manicomio. Vuelve ciego, lo cual hace más enigmático el personaje. En todo esto hay un cuadro interesante de sortilegios, de tinieblas, de horror. Su buena pintura hubiera bastado para que proclamáramos excelente dramaturgo á Antonio Zozaya. Pero el drama, como dije, va por dentro Cuando Montiel torna á su casa, es un extraño en ella. Su niña murió. Su mujer vive con otro hombre, que sólo espera para hacerla su esposa que se declare legalmente la muerte del primer marido. Y este nuevo hogar es un hogar dichoso. Otra hija lo endulza con sus candores y sus risas. Si Montiel quisiera, recobraría su esposa y su fortuna. Pero la bondad de la niña ajena le amansa. Montiel ciego, enferma la razón, ser inútil ya para la vida, no tiene el derecho ó, por lo menos, no tiene el valor de destruir la felicidad que otros crearon con sus despojos. Este conflicto, sin ser nuevo, es siempre de mucho interés. El drama termina con la muerte de Montiel á manos del propio Julián, ladrón de su amor y de sus bienes. Es un asesinato en plena montaña, en plena obscuridad, que á nadie trascenderá jamás. El instintivo egoísmo; las circuntancias, propicias para la impunidad, y el miedo de perder su ventura, han hecho de Julián un asesino imprevistamente.

Este drama íntimo, hondo y brusco, está sentido con intensidad y escrito con mucho arte.

El cuadro asturiano *La vaca muerta* se reduce á la reconquista de un marido campesino por su esposa abandonada. Aquí lo principal es el ambiente. Zozaya es poeta, y nuevamente en *La vaca muerta* lo ha demostrado. Pero aquellos personajes, fuera del actor Granda, asturiano en el acento, no parecen de Asturias, y no toda la culpa es de los actores. La observación del autor fué, á todas luces, superficial. Cierto es que yo soy medio asturiano, porque allí me crié y viví mucho tiempo. Por lo tanto, es posible que esta impresión mía no coincida con la mayoría de las opiniones. La falta de espacio me impide razonarla ahora, y la imparcialidad me obliga á decir que Antonio Zozaya ha sido aplaudidísimo también por este breve drama, tanto ó más que por el anterior.

Lo que lleva el correo tiene por principales personajes á ladrones del campo. Matías y su hijo Bruno han robado el correo, y la Guardia Civil viene á prenderles. El otro hijo de Matías, ó sea Felipe, ha sido fusilado por no haber llegado á tiempo su indulto. Y habrán ustedes ya sospechado que este indulto venía entre los billetes y documentos que Bruno y Matías se llevaron. Zozaya ha mostrado suma destreza al plantear este episodio, y ha tenido al público sin aliento hasta caer el telón.

Las tres partes del tríptico responden al título común de *Misterio* y están envueltas en aroma de leyenda y de brujería, que las embellece y aumenta su interés.

La gran cultura de Zozaya se refleja en esta obra, como en todas las suyas, y pasamos á veces de la reminiscencia ibseniana á la tradicción popular. El exceso de retórica desluce á trechos estos bellos cuadritos. En esto, y en atender más á los caracteres, se fijará Zozaya, sin duda, cuando escriba definitivamente para el teatro las creaciones importantes que de él tenemos derecho á esperar y que no dejará seguramente de producir, alentado ya por este envidiable resultado de su noble tentativa; por el resultado de la cual le reitero mi cordial enhorabuena.

Ningún actor dobló papel. Tuvo cada una de las tres lindas obritas sns intérpretes exclusivos. Y, á decir verdad, ninguno merece especial mención por *Los relicarios*. En *La vaca muerta* se distinguió Matilde Moreno en un breve papel. En este punto de la interpretación, la parte más afortunada del tríptico, sin duda por la mayor facilidad para el acierto, fué el melodrama *Lo que lleva el correo,* en que sobresalió gallardamente la Srta. Mendizábal, á quien habíamos aplaudido ya en *Los buhos,* y se portaron como buenos—dentro del modo melodramático que la obra requería—Miguel Soler, José Calle y Vico.

El aparato escénico, muy aceptable.—Caramanchel.

***

Heraldo de Madrid.

Antes de franquear—con firme planta por cierto—los umbrales del teatro Español, ya había conquistado D. Antonio Zozaya honrosísima nombradía en otras ramas de la literatura, y muy notoriamente en el periodismo. Por debajo de su prosa castiza y elegante, de aire clásico, asoma una seria preparación filosófica, de que muy contados escritores contemporáneos se podrían ufanar. No es el Sr. Zozaya de esos escritores alocados á quienes llamamos geniales en esta confusa y disparatada distribución de adjetivos que es todo el periodismo político y literario.

Su obra es madura y la documentación libresca en que se cimenta, destaca la personalidad del ilustre literato entre todos los cronistas que aportan con tino el texto ajeno y razonan con noble independencia. No le veréis citar las Pandectas, el Koran, los pensamientos de Marco Aurelio y las estrofas del Petrarca á propósito, por ejemplo, de la reorganización de la Guardia municipal, exhibición erudita tan oportuna como sería el de vestirse de frac para ir á la peluquería. Como todos los escritores puramente cultos, D. Antonio Zozaya ha perdido la pueril vanidad de escoltar sus ideas con nombres exóticos.

La cultura es en él lo que el suero en la sangre: la materia en que corren desleídos sus propios pensamientos. Eso por el lado profesional. Personalmente el Sr. Zozaya es hombre llano, simpático, buen amigo y excelente camarada. He ahí por qué su triunfo en la escena nos regocijó á todos los que nos honramos con su amistad.

Su obra, diversa en las partes, ya que cada acto tiene una acción independiente de las demás, está trabada por un hilo misterioso que no tenemos reparos en denominar el hilo de la fatalidad.

En *Los relicarios, La vaca muerta* y *Lo que lleva el correo,* el misterio es el promotor de todos los conflictos. ¿El misterio? La fatalidad, mejor dicho, que es su hija predilecta. Toda existencia humana está limitada por las inmensas riberas de lo desconocido. Desde esa región dicta el destino sus fallos sobre el éxito de nuestros pasos. ¿Quiénes pueblan esas riberas? ¿Quién nos impone sus designios desde esa región inexplorada y eterna? ¿Un Dios filósofo, indiferente á nuestros dolores y nuestras alegrías? ¿Un cuerpo de divinidades dotadas de nuestras mismas pasiones? El hombre contemporáneo se inclina á creer lo primero.

El hombre de las risueñas edades paganas suponía lo segundo. Sea un Dios ó sea una colectivad divina quien rige nuestro destino, ello es que su voluntad no se nos alcanza. En cualquier camino que emprendamos el mañana nos se

impenetrable. Es muy verosímil que los mismos dioses participen de esa ignorancia, sin la cual no podrían aspirar á nuestro respeto. Sobre los enigmas de nuestra vida la Ciencia guarda prudente silencio; pero la fantasía popular, más osada, no quiere resignarse á callar.

Ante el misterio que nos rodea, el sabio se encoge de hombros con estoica indiferencia. ¿Para qué interrogar si nada ni nadie contesta? El pueblo, en desquite, más ávido de lo concreto, se lo explica todo á su manera. Es crédulo. Es supersticioso. El Sr. Zozaya fijando la acción de su obra en Santander, Asturias y Burgos, limita mucho el ámbito de la superstición. El, que es hombre culto, lo sabe. La superchería y el don de explicarse lo sobrenatural, lo que viene del misterio, no son privativos de estas ó las otras montañas. En este punto la mentalidad del campesino español y la fantasía del salvaje de la Polinesia no difieren en nada. El terror, padre de la fe religiosa, ha engendrado la superstición en todas partes.

Yo, en el caso del Sr. Zozaya, hubiera titulado la obra *Fatalidad.* ¿Qué le ocurre á Pedro de Montiel en *Los relicarios*? Que durante su dilatada ausencia del hogar se ve suplantado cómo esposo y herido en el alma como padre. Su hija ha muerto y su mujer ha contraído otro amor. ¿De quién es la culpa? De la fatalidad, que retuvo á Montiel recluído muchos años en un manicomio de América, y de la naturaleza, que en cada primavera enciende nuevos deseos en nuestro corazón y da calor á nuevos amores. Candelaria, privada de Pedro, se entrega á Juan. Es mujer, sujeta, como todos los seres amasados con arcilla humana, á las flaquezas de la carne y al imperio de las ilusiones del espíritu.

¿Con qué derecho podríamos condenarla? Ausente su esposo, á quien considera fuera del mundo de los vivos, muerta su hija, Candelaria se aplica á reedificar su existencia sobre los escombros del pasado. La única víctima del drama es el pobre Montiel. ¿Por culpa de quién? De su destino, de la fatalidad, de los hados misteriosos que hilan la invisible trama de nuestra vida.

En *La vaca muerta,* Miguel, campesino asturiano, se hastía temporalmente de su mujer. Ese cansancio, que es como todas las revelaciones del temperamento, una fatalidad pasional, es explicado por los campesinos amigos de Miguel de un modo muy pintoresco. Cuando el mozo abandona el hogar y se prenda de Carmina, dualismo amoroso muy natural y excusable, el tío Ramón le dice: – Has herido á la vaca, has matado el hogar. Témelo todo en lo porvenir.

En efecto; Miguel, que convivía con el manso animal en el caserío, roído del remordimiento de su conducta con Armida, su esposa, cree leer una recriminación en los ojos serenos del animal. Es su propia conciencia la que se refleja en aquella mirada. Miguel contrae un odio irrazonado y brutal contra

la pobre bestia, y una noche la hiere. A poco sucumbe la vaca; pero Miguel se reconcilia con Armida.

¿Cuál es aquí la intervención de la fatalidad? La muerte del hijo de Miguel y Armida, primero; la pasión culpable de Miguel, después, y, por último, el martirio de la vaca.

En esta parte de la obra parece como si se eclipsase un poco el talento del dramaturgo. Se echa de menos allí la efusión poética que está pidiendo el cuadro y en el mismo trazado de los caracteres se advierte mucho de convencional.

Así debió entenderlo también el público, pues no anduvo tan pródigo en el aplauso como en la primera y última parte de la representación. Dramáticamente considerado el último cuadro, ó sea *Lo que llerá el correo,* es lo mejor. La acción, concertada vigorosamente, despierta progresivo interés. En una chavola de las montañas de Burgos convive un matrimonio con dos hijos. El padre y sus vástagos se defienden del hambre con una profesión mitad de leñadores y mitad de bandoleros. Uno de los hijos, soldado, insolentándose con uno de sus jefes, lo hiere, y la ley cae sobre él inexorablemente. Será fusilado. Sus padres gestionan el indulto con vehementes esperanzas de lograrlo. ¿Por qué no llega?

En aquellos días los dos montañeses, padre é hijo—no el soldado, sino el otro—, han dado un golpe de mano incautándose de una valija postal que traía un correo á caballo. La codicia los ha conducido al delito. Esconden la cartera y á poco, registrándola, encuentran entre los valores el indulto de Felipe el soldado. Pero ya es tarde. La dura sentencia ha sido aplicada y Felipe no pertenece ya al mundo de los vivos.

La figura más interesante de este cuadro es Maruja, interpretada muy bien, por cierto. La señorita de Mendizábal dió muestras de poseer una sensibilidad artística y un sentido del natural que nos complacemos en reconocer y alabar. Maruja, como muchos seres de delicada complexión nerviosa, es una vidente. El contacto con el misterio es familiar para ella. Ese don la permite ver á Felipe muerto y leer en el destino de Matías y su hijo Bruno, á quienes anticipa su mala ventura. Maruja sería un excelente *medium* para experiencias espiritistas.

La interpretación de la trilogia fué excelente. Matilde Moreno, Consuelo Badillo, las Srtas. Mendizábal y Villegas y los Sres. Calvo, Ruiz Tatay, Calle, Soler y Vico se condujeron en escena como consumados artistas. Matilde Rodríguez dió al carácter de Candelaria en *Los relicarios* toda la diguidad que exige, y Ricardo Calvo puso todo su talento, que es grande, en acusar el tipo dramático y pintoresco de Miguel en *La vaca muerta.*

El Sr. Zozaya salió muchas veces á escena entre los aplausus del público.—Manuel Bueno.

***

Correspondencia Militar.

Antonio Zozaya, el ilustre cronista de *El Liberal,* fué anoche aclamado por el público que llenaba el teatro Español, por el mismo, á no dudar, que lee á diario sus hermosos trabajos literarios en el popular periódico, y que tanto gusta de ellos.

Su tríptico dramático *Misterio,* es labor digna de un orfebre artista que piensa hondo y ejecuta con habilidad de maestro.

Misterio es una obra en que el autor ha encerrado tres distintas acciones sin más hilo que las ligue que el monólogo explicativo, muy bien contado por Ricardo Calvo, donde nos declara Zozaya su intención de ofrecernos tres aspectos de la pasión humana.

El primero es el desarrollo de la ferocidad de un hombre que, por conservar á la mujer amada y el bienestar de su casa, mata á quien del otro mundo viene á perturbar una vida dichosa.

El segundo es el amor de la esposa, que triunfa del amor liviano.

El tercero es la venganza con que el destino castiga la codicia criminal.

Los tres actos son interesantes. y cada uno, separadamente, constituye un cuadro lleno de color, de vida, de frescura natural.

El primero es sombrío. Parece como si por sus escenas pasara el hálito fatal que sirve de ambiente á algunas obras de Maeterlink.

Después nos trasladamos á otros espacios, á otro panorama, al agreste y dulce de las montañas abruptas y las pumaradas siempre verdes, en donde la pasión tiene mezcla de arrebatos de fiera y de susurros infantiles.

Y, por último, nos conduce el autor á una casa que cobija á dos miserables ansiosos de botín; dos hombres, padre é hijo, que asesinan en una carretera al conductor del correo para robarle la valija, y luego ven, aterrados, que su víctima llevaba en su cartera la vida del hijo del criminal, pues le llevaba el indulto.

La forma impecable de la obra fué justamente celebrada, y nadie escatimó los elogios al autor de páginas tan bellas.

Al final de los actos tuvo éste que presentarse gran número de veces á recibir esos plácemes, que se exteriorizaron en aplausos entusiastas.

Los intérpretes, entre los cuales debe citarse á Matilde Moreno, la señorita Rodríguez y los Sres. Ruiz Tatay, Calvo, Gil, Cirera y Calle, también los obtuvieron merecidamente por su exquisita labor.—H. Bermúdez.

*
* *

El Correo.

Un tema eterno, el de lo desconocido, el del misterio, modernizado y vitalizado ahora por insignes literatos, ha servido al distinguido publicista y periodista D. Antonio Zozaya, para componer una obra dramática de alto interés, de original factura y noble orientación.

En el tríptico *Misterio,* anoche estrenado, el hilo invisible que liga los hechos reales, la casualidad fatal que preside todas las manifestaciones de la naturaleza, ese *misterio* que la fe sencilla y la superstición han personificado en ánimas, brujas y espectros, todo el aparato de la hechicería y del animismo, aparece complejamente representado en tres fases distintas. Las tres tienen, sin embargo, además de la comunidad de intención, una marcada unidad de ambiente.

Santander, Burgos, Asturias, son tierras parecidas, son la Montaña; y aun cuando vemos en el tríptico, mudar paisajes, usos y hablas, el espíritu persiste el mismo; es siempre el espíritu rudo, acobardado y torpemente místico de la gente montañesa.

En este medio, las íntimas tragedias de la superstición, alcanzan desde luego su intensidad máxima. Así el interés dramático que las tres acciones sucesivas de *Misterio* despiertan en el público, es muy hondo.

El acto primero, el de mayor fondo ideológico de la obra, tiene un acertado sabor «maeterlinkiano» y está compuesto con mucha habilidad. En él se iniciaron las ovaciones á Zozaya, muy justamente.

El segundo, el más pintoresco de todos y el más teatral, nos ofrece un hondo sentido naturista y una agradable emoción de idilio campesino.

El tercer acto, que el autor califica de melodramático, es sin duda alguna el que más sorprendió y emocionó al público. Es un cuadro de sombría rudeza, en que el autor sortea con exquisito tacto todas las asperezas del asunto. Mereció una ovación calurosísima.

El éxito de *Misterio* fué, pues, favorable en absoluto. Antonio Zozaya ha sentado con esta obra una envidiable reputación de dramaturgo. Si algunos defectos de inexperiencia tiene el *Misterio,* especialmente en el lenguaje, siempre son más honrosos que las pretendidas excelencias del vulgarísimo teatro al uso entre los imitadores de Benavente, los Quinteros, etcétera, etc.

La presentación de la obra nada dejó que desear. La interpretación, en que interviene casi toda la compañía, fué muy completa, resaltando en primer término la Srta. Moreno, la Sra. Badillo y los Sres. Calvo y Ruiz Tatay.—E. C.

*
* *

El Mundo.

Antonio Zozaya, el culto cronista de *El Liberal*, ha querido realizar una tentativa de teatro y ha triunfado en ella.

Su tríptico *Misterio* posee todas las condiciones de viabilidad que pueden exigirse en una obra dramática.

Zozaya describe en su tríptico todas las modalidades psicológicas que puede adoptar el temor al misterio, á las fuerzas ocultas de ultratumba, disgregadas por el *folk-lore*.

De las tres partes que componen esta obra original, la mejor de todas es, sin duda, la primera, la que se titula *Los relicarios*.

El ambiente de una aldea santanderina está bien reproducido.

En el segundo cuadro, *La vaca muerta*, Zozaya copia con fortuna las costumbres y los caracteres de Asturias. En la interpretación de esta segunda parte estuvieron admirables de sencillez y de comprensión la Srta. Moreno y Ricardo Calvo, bien acompañados por Granda y la Sra. Badillo.

La tercera parte, á pesar de su tendencia melodramática, posee condiciones artísticas que valieron muchos aplausos al autor y á los actores.

Zozaya dió á su obra interesantísima una orientación noble, de teatro de ideas, una orientación intelectual y poética.

*
* *

El País.

Hace algún tiempo que Antonio Zozaya, el ilustre autor del tríptico dramático que vimos anoche adquirir forma y vida sobre el tablado del Español, hubo de hablarme de su empeño dramático. Con esa sincera modestia de quien, habiendo puesto gran cariño en el propósito, teme no haber llegado á exteriorizar completamente su concepción, Zozaya refería el alcance de su obra, y la forma elegida para desarrollarla. Yo, sintiéndome honradísimo con la efusiva confidencia, deseé con él ver pronto convertido en realidad escénica aquel hermoso esquema de obra que tuvo la bondad de adelantarme. Poco después, creo que en la revista *Ateneo*, apareció el primer acto del tríptico, y su lectura debió hacer comprender á quienes lo leyeran, que el autor abandonaba los senderos trillados para encaminarse por veredas, casi virgenes para nuestros dramaturgos. Han pasado dos temporadas desde el día que yo supe algo de este drama, y ello prueba que no es muy sencillo estrenar en estos tiempos del chiste barato, aunque se haya conquistado, con gran talento y sólida cultura, una envidiable posición literaria. Por for-

tuna, la curiosidad que, cual yo, tendrían muchos, fué satisfecha al cabo, gracias á la direción del Español. *Misterio*, tríptico dramático, en tres actos, se estrenó anoche con todos los honores. Antes de levantarse el telón, Ricardo Calvo leyó unas cuartillas de Zozaya, en las que el autor anunciaba su propósito de estudiar tres distintos aspectos que él había sorprendido entre la sencillez de las almas montañesas, la aparecer el momento de reaccionar ante el misterio.

El misterio en los espíritus simplicísimos se traduce en superstición, es cierto, y el dramaturgo ha cuidado de decirnos que de superstición iba á tratar. Pero es indudable que, dirigiéndose á un público ciudadano, aun más frívolo que escéptico, Zozaya aspiraba á más. El laborioso traductor de la *Biblioteca filosófica*, que ha educado su temperamento en la aridez, algo desconsoladora, de las especulaciones, y cuya curiosidad de hombre culto le llevó á enterarse de cómo se hace llegar la personal emoción á las multitudes, principalmente desde esa gran tribuna de la escena, debió querer que en la acción tuviese capital importancia un personaje que no se ve, que no habla, pero cuya presencia se percibe constantemente, ya que él está decidiendo la marcha de los acontecimientos todos. De la superstición al misterio hay un abismo. El supersticioso, ignorante y audaz, no se limita á sentir escalofríos ante lo desconocido, sino que tiene la pretensión loca de dominarle por medio de conjuros, combinaciones y sortilegios, que fué elaborando por el más rudo y disparatado empirismo. La superstición, por eso, nos hubiera hecho reir, y Zozaya lo que deseaba era emocionarnos, á nosotros, con ese más allá, obscuro é insondable, que sabemos existe, tras el límite de nuestro conocimiento y nuestra razón, porque sentimos su influencia.

Como en tiempos de Esquilo, la tragedia sigue teniendo razón de ser en nuestro tiempo, pese á nuestros pies de plomo que cada día nos afirman más sobre la tierra y á nuestros ridículos orgullos omniscientes. No diremos fatalismos como entonces, pero sí podremos decir «misterio», no sólo con Zozaya sino con D'Annunzio y Mæterlinck, por citar á los trágicos cumbres. Y yo os manifiesto ahora que, siendo magníficos los tres actos de Zozaya, tres obras notables, unidas y separadas, el personaje no apareció en la acción más que en el primer acto, en *Los relicarios*.

Hay paz, como en *Interior*, en aquel hogar campesino de la montaña de Santander, cuando por el camino adelante, en la noche cerrada y tempestuosa avanza, como una exudación de ultratumba, hacia la casa, la sombra de un marido que se creyó muerto en lejanas tierras. Se le ha heredado; la viuda le ha sustituído y el matrimonio ha tenido la bendición de una hija. El muerto-vivo aparece de pronto en el umbral. Es un espectro que viene á aplastar la dicha que se labraron

los vivos, y que debe ser restituído á su sepultura. Es ciego, y el que le suple ahora en la hacienda y en el lecho, ha de brindarle acompañamiento para asegurar su eterna ausencia, despeñándole por una sima, amparando su hazaña en la negrura de la noche. La célebre trilogía mæterlinckiana ha asomado, es verdad, en este cuadro, pero hay que confesar que el asesinato ha conmovido más que la intrusión del ánima errante.

La vaca muerta, es un cuadro poético, muy bello, tal vez el mejor del tríptico por su sobriedad y la perspicacia de observacion que asoma en él constantemente. Pero no se da el misterio, sino superstición, en el extraño y cotidiano fantasma de la carretera, y en los dichos y hechos del tío Ramón. Más que nada, la vaca muerta tiene un carácter simbólico, confortador y optimista. Deglosada del tríptico, éste cuadro tendría siempre valor propio.

En *Lo que lleva el correo,* Zozaya se manifiesta como autor dramático qué sabe estremecer con un golpe habilidísimo el corazón del público. El efecto final fué decisivo y produjo extraordinaria impresión. Pero hasta llegar á él el dramaturgo se había apoderado de nuestra atención evidentemente, y eso solo con la escrupulosa descripción de la sordidez mental y moral y de ambiente en que se debatían los criminales. Pero, aun faltando la figura zahorí de Maruja, el cuadro mantendría todo su vigor.

El admirado cronista, preocupado demasiado del título general de la obra, ha escrito tres actos independientes, muy notables, que le colocan en la primera línea de nuestro teatro. Pero, en realidad, el nexo que les une no es precisamente el del Misterio, sino el de la Bondad. ¡Y lo incognoscible, deja de impresionarnos en cuanto no se nos manifieste cruel! Bueno es el primer marido que reaparece en *Los relicarios,* bueno aquel Miguel de *La vaca muerta,* y del mismo último cuadro, lo que emociona es el fondo bondadoso que sube del alma de los criminales. Se ha cuidado en contrastar con el frío egoismo que hace asesino á Juan, y con aquella Carmina, coquetona y malvada.

Ved por qué *Misterio* no nos dejó tristes. Nuestras inquietudes fueron barridas por esa orientaciôn hacia el bien que dirige la obra entera. De seguir esa ruta, á los personajes nada les huhiera ocurrido, ya que hubieran logrado desarmar á la Desgracia.

Si Antonio Zozaya tuvo ese propósito, triunfó completamente. De todos modos sus tres dramas son tres cuadros que honrarán nuestra escena contemporánea.

Sin espacio para más, añadiré á estos renglones rapidísimos, que el éxito fué rotundo en todos los actos, y que el ilustre Zozaya salió muchas veces á escena. La lista de la interpretación es larga, y sólo me cabe decir que todos traba-

jaron á conciencia, sobre todo las Srtas. Moreno y Mendizábal, y los Sres. Ruiz Tatay, Calvo y Granda, y que la presentación fué escrupulosa.—José Alsina.

*
* *

España Nueva.

Un éxito franco y merecido el de la obra de Zozaya *Misterio,* llena de poesía, de trágica emoción, de robusta verdad en sus tres partes. Es esta la obra de un acabado dramaturgo y de un escritor de enjundia, que aborda con igual desenvoltura la expresión de sentimientos apacibles que la de rudísimas sensaciones pasionales.

Las tres obras de que se compone este tríptico, independientes entre sí, son varias también en su finalidad emotiva. Poética, dulce, melancólica, aromada de ensueño, *La vaca muerta;* sombrías, violentas, brutales, *Los relicarios* y *Lo que lleva el correo,* subyugan en igual modo al auditorio, y emocionándole por senderos distintos, le hacen admirar con idéntica fuerza el poderoso talento del autor y su firme personalidad teatral, que le reserva éxitos clamorosos y puesto preeminente en la escena. Hábil, seguro de sí, firme en el desarrollo del plan ideado, sabe retener firmemente la atención del público y llegarle á los veneros del sentimiento, hiriéndolos con pulso firme. Es un dramaturgo que nace con todo el prestigio de los maestros.

El triunfo, completo, absoluto, resonante, tuvo inequívoca manifestación en todos los actos, á cuyo término fué llamado repetidas veces á escena. La interpretación, muy aceptable por parte de la Sra. Moreno, Srta. Mendizábal, Sr. Ruiz-Tatay y Calvo.—A. V.

*
* *

A B C.

Antonio Zozaya, escritor culto, equilibrado, temperamento sutil, de fácil percepción, que sabe recoger en sus crónicas las más amplias y expansivas orientaciones, bañándolas en una luz de amable filosofía, dejando en ellas una estela de bellos pensamientos, ha encontrado en la fatalidad, en el maleficio y en la superstición tres atrayentes aspectos del misterio que une y liga las humanas existencias, y, en bella forma teatral, nos ofreció su interesante obra, dividida en tres cuadros, de los que cada uno responde á un género, y entre los que no hay otro contacto que el impulso misterioso y secreto que mueve fatalmente nuestras almas, no sabemos

si por el hilo del padre Zacarías, ó por el de Maestre, que eso es pleito fuera de este lugar.

El primer cuadro lleva por título *El relicario,* y su acción ocurre en la montaña de Santander. Es una página de estructura maeterliniana, por lo que se refiere á su simbólica concepción, y en él todo acaece por obra de la fatalidad.

El cuadro segundo es poético y sentimental. *La vaca muerta* es una tierna pintura del paisaje asturiano, y hay en su ambiente encantadora sencillez, bucólica y diáfana poesía.

El final es de bella emoción y un acierto de autor dramático.

El último cuadro, que á nuestro juicio es el más inferior, como expresión artística, aunque reconozcamos que fué el que más encadenó la atención del auditorio y en el que logró su autor mayores aplausos, es francamente melodramático, sombrío, de avidez folletinesca. *Lo que lleva el correo* se titula, y localízase su acción en un pueblo de Burgos.

Básase en una vieja anécdota que ha teatralizado el señor Zozaya, orientándola felizmente en el moderno sentido granguiñolesco. Es un cuadro rápido, vivo, siniestro, como la catadura de los personajes que en él intervienen.

El carácter de Maruja, única luz en las tinieblas de aquellas *buenas* almas, es una simpática creación, acertadamente concebida y trazada.

Antonio Zozaya no ha podido realizar con mayor fortuna su intento de mostrarnos, en forma de trilogia, tres sensaciones del misterio tan interesantes.

La obra, salvo algunas impropiedades del lenguaje, tan pequeñas que no vale la pena de señalarlas, está muy bien hablada; la forma es siempre castiza y desprovista de todo artificio.

Precedió á la representación, á guisa de breve prólogo, unas cuantas palabras, que dijo Rafael Calvo, orientando al público sobre el sentido y alcance de cuanto el autor se había propuesto, y de que en su propósito no entraba el de romper moldes, ni tremolar nuevas banderas.

En cuanto á la interpretación, ofreció un buen conjunto, poniendo cariño y esmero en ella Matilde Rodríguez, Matilde Moreno, Isabel Luna, Consuelo Badillo, Amparo Villegas, la señorita Mendizábal, que obtuvo un merecidísimo y completo triunfo personal; Luz de las Heras, Ruiz Tatay, Miguel Soler, Ricardo Calvo, Calle, Manrique Gil, Sepúlveda, Manolo Vico, Gonzálvez, Miranda, Llaneza y Granda.

La dirección escénica presentó la obra digna y adecuadamente.

Al final de todos los cuadros salieron varias veces al proscenio el Sr. Zozaya y los intérpretes.

* * *

El Liberal.

La obra que últimamente ha brillado en el escenario del Español era esperada por mí hace mucho tiempo. En mis interiores soliloquios, pensaba que el teatro moderno tenía con la escena española una deuda de honor y gratitud y ha comenzado á pagarla. Desde que Lope y sus compañeros abandonaron la Península y se fueron por tierras extranjeras recogiendo lauros, apenas si recuerdo el estreno en España de obra alguna española. Es un olvido mío que tímidamente hago público y voy á explicar.

No he de hablar de la génesis del teatro español: en las duras entrañas del pueblo del romancero clavaron los ingenieros del dieciséisavo su agudo pensar, y brotó triunfalmente roja sangre, vida, con todo aquel sabor de verdad y sentir que en tiempos pasados llenó de acres perfumes el Agora.

Desde ese siglo, la escena española sólo se ha visto scupada por los dramas que entonces florecieron para su gloria, por imitaciones y con carácter epidémico, últimamente, por una dramática falsa hasta más no poder. D. José Echegaray no me dejará solo en este juicio. El reconocerá conmigo que si el amor, con toda su ceguedad, y el honor, con todos sus prejuicios, llenan el teatro calderoniano, la naturalidad con que ellos accionan es no sólo debida á la fuerza intelectual del artista, sino á la energía y relieve del modelo. Opuesta dramática á esa fué la que llevó á la escena del siglo XIX la inconciencia, logrando sólo una explosión de arranques pasionales preparados pirotécnicamente.

Mientras era ésta la dramática reinante en la escena española, sus príncipes no habían parado ni por el tiempo, para vencerle, ni por los complejos estados del alma que se sucedían, para copiarlos. Tirso, Lope, Calderón, Moreto, viviendo en Corneille, Moliere, Scarron, en la escena francesa, han venido dirigiendo toda la tramoya escénica, que despunta en la actualidad en mil florecimientos distintos. De ahí la deuda que el teatro moderno tiene para con el teatro español del siglo XVI, y yo creo que con *Misterio* ha empezado á saldar cuentas.

La crítica ha tenido para el tríptico de D. Antonio Zozaya un aplauso unánime: un aplauso directo á la obra, á la labor del dramaturgo, bien merecido. Pero yo veo en *Misterio* algo más trascendental, de mayor importancia intelectual y social, que me hace aplaudir más que al autor dramático—con ser éste admirable—, al pensador profundo.

Cuando antes he escrito que no recordaba ninguna obra española estrenada hace más de dos siglos, no olvidé á Galdós, ni á Benavente, ni á Guimerá, ni á Dicenta; al contrario, el recuerdo de esos nombres prestigiosos perdura en mi me-

moria. Existe fuera de España una idea general de esta gloriosa tierra, tan errada y ya tan asentada, que no es aventurado afirmar que muchos españoles la comparten. Esa idea es la visión de la España traslucida en los dramas del siglo de oro. Una España dura, cristiana, aventurera, egoista, sanguinaria, pendenciera: la más noble y más legítima hija de la Edad Media. Y aunque afirman—doloridos unos, orgullosos, como un hidalgo en su pobreza, otros—que esa España es la misma de hoy, me resisto á creelo. Dudo que un pueblo tan levantisco como ha sido el castellano, tan enamorado de andar tierras ajenas, se haya conformado con padecer tres siglos de ataxia, apenas rota por la invasión de Bonaparte; que aquellos hombres, realizadores de las más hermosas hazañas humanas, conservando en toda plenitud el ímpetu primitivo, pudiesen aguantar el silencio, no sólo impuesto con amor, sino á veces con despotismo. Recordemos ligeramente la obra colonizadora en América. A Ultramar partían, en grupos considerables, los segundones hijodalgos; aquellos que caracterizaban la esencia de la psiquis hispana; allá iban, con toda su fiereza y su hermosura, con todos sus sueños. Y en la Península quedaban los mayorazgos, con honores y dinero; los favorecidos de ese burlón Destino, que pone las más bajas personas en los puestos más altos, gozando de los placeres cortesanos, debilitando la sangre heredada, ilustre y fuerte, en tanto que el ansia de conquistar triunfos y nombre hacía en los segundones un completo renacer de la epopeya castellana. Ese recuerdo nos dice que alguna diferencia espiritual debe existir entre el español del siglo XV y el del siglo XX; y así la dramática, que, queriendo hacer obra española hoy, copiase el siglo XV como actual, sufriría un error.

Los cuatro nombres que cité antes, con suficiente talento para no caer en el error, tampoco le son del todo extraños, acercándose más ó menos á él, según las particularidades de cada teatro. Benavente, el más lejano por su completa visión humana. Dicenta, el más próximo por su exposición de instintos y pasiones en pleno desarrollo. Galdós y Guimerá ocupan un intermedio, libre de las influencias directas que padece el ilustre autor de *Juan José*, y sin aventurarse en los extremos analíticos del insigne Benavente. Pero esos dos poderosos cerebros, Galdós y Guimerá, llamados é indicados por inclinación espiritual y por labor literaria—sobre todo el primero—á llevar á la escena española la nueva compleja alma nacional anunciaban en sus producciones cómo se acercaban al subsuelo social por buscar la pureza del espíritu libre de influencias, lográndolo. Guimerá, con *Tierra Baja*, de una manera general, pero no han logrado mostrarnos la esencia anímica de diferentes regiones de la Península, por medio de esa dramática donde los personajes son lo de menos y las almas son tramo y finalidad. Para esta orientación del

teatro moderno, que culmina en Ibsen con amplias y duras perspectivas sociales, y en Maeterlink con amables excursiones á lo más íntimo del reino de los espíritus, nada más virgen, más selvático, que el pueblo español. En este suelo, donde el teatro griego hubo de renacer glorioso, y obtuvo el tablado una consistencia humana casi igual á la de los varones que copiaba; el abandono ó bien el deslumbrar de este teatro, hizo que los ingenios olvidasen la íntima relación necesaria entre la evolución del pueblo y la escena. Y así, cuando sopla por fuera del hogar ibérico una ráfaga portadora de una intención más hon a, el hogar ibérico siente un temblor de vida; sus más profundas raigambres psíquicas se estremecen como á la llegada de la primavera el bosque helado. El tríptico de Zozaya bien nos dice ese fuerte y desesperado aleteo de vida, de una vida extraña, tan ignorada, que es natural la sorpresa en todos, que es natural se den á alabar la ficción bien tramada sin apercibir el poder del intento; la pupila sabia apercibida del tesoro ignorado y espléndido que nos va á señalar.

Un fenómeno viene á mostrar necesariamente *Misterio* en la sociedad española. Un doloroso fenómeno, producto de la discordancia, no sólo de cultura, sino algo más hondo y grave, de instintos, entre Madrid y provincias. El tríptico de Zozaya no merecerá, por más que le aplaudan, en la capital la acogida que á existir armonía espiritual en toda la Península tendría derecho á obtener. Para gloria y honra de la obra, sea esa ignorancia parcial de su valer; recordemos los duros fracasos de Ibsen en Paris y las campañas escénicas de Sudermann, y estaremos frente al problema más general y más sin solución inmediata que existe en cierta parte de Europa; la capital de Francia y su poderosa é inevitable influencia y las sanas reservas espirituales de España, Italia, Alemania, etc. El público de Jacinto Benavente aplaude entusiasmado la labor excelsa del artista y tiene para los problemas planteados gentil silencio en su corazón aristocrático, en ese mismo corazón donde ha de retumbar, no con los armónicos sones de una risa de Ibsen, sino como una carcajada en que prorrumpiera Edipo, el tramoyeo escénico que en pleno corral de la Pacheca acaba de presentar Antonio Zozaya, á quien gustoso rindo un homenaje de admiración. —A. Zérega-Fombona

*
* *

Análogos elogios mereció la obra del crítico de *La Epoca* señor Villegas *(Zeda)*, de *El Imparcial* Sr. Laserna, y de otros distinguidos escritores, cuyos juicios no insertamos por su mucha extensión.

Los diarios y semanarios ilustrados publicaron fotograbados de la obra y retratos del autor.

Nota. Por error ha dejado de incluirse en el reparto á la Srta. Moreno, quien desempeñó en la noche del estreno el papel de Armida.

Precio: DOS pesetas